

Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

CÓSMICA

Agosto, 2024



ÍNDICE

Torre de Johan Rudisbroeck

Tienda de antigüedades del perverso

Mefisto

Dioses y eclipses

El gran incinerador

Singularidades*

Ingratitud cósmica

Perseidas fugaces

Los tarantulados

Toda luz en el cielo nocturno es un destello
de infinito cayendo hacia el abismo

Un juego para Dios

Mariposa nocturna

Ek Kin

El increíble Sebastiano

Las miradas de los otros planetas

El paradigma de Abernathy

El eclipse

Fomento al turismo

El brebaje de la tía Lillian

Idilios prestados

Esta noche la niña reclama almas

Polvo estelar

Luna de sangre

NUTARYUK*

Danza estelar

El adviento de la hija de la luna

Días extraños

La eternidad entre tus dedos

Los genios

Ofrenda de carne

Criaturas de sombras

Ciclo

Supernova

Ángela Godínez

Almas visionarias

Autómatas

TORRE DE JOHAN RUDISBROECK

Miguel Lupián

*Cuando la luna sangra y las estrellas engordan,
el Devorador de Planetas anda cerca.*

Emiliano González

Las auroras boreales captadas en nuestro país la noche del viernes 10 de mayo –aunadas al eclipse total del 8 de abril– nos inspiraron para lanzar una convocatoria que tuviera que ver con fenómenos astronómicos.

De acuerdo con el Centro Nacional de Prevención de Desastres (Cenapred), los fenómenos astronómicos son procesos o propiedades a los que están sometidos los objetos del espacio exterior, incluidos estrellas, planetas, cometas y meteoros. Algunos de estos interactúan con la Tierra, ocasionándole situaciones que generan destrucciones tanto en la atmósfera como en la superficie terrestre. Algunos ejemplos: eclipses, lluvias de estrellas, impactos de meteoritos, pasos de cometas, conjunciones de planetas, tormentas solares y magnéticas, lunas de sangre, auroras boreales, solsticios y equinoccios, etc.

La unión de estos dos grandes temas –astronomía y literatura fantástica– nos pareció interesantísima de explorar, pues, como apunta Miguel Santander, “astronomía y literatura son un matrimonio bien avenido. Por un lado, la astronomía ofrece perspectiva, permite alejarse de los árboles y contemplar el bosque en su conjunto. Por el otro, la literatura abona el terreno para la metáfora, para contemplarnos a través de un espejo en el que

reflejarnos. Juntas, son capaces de explotar sin parangón el sentido de la maravilla, de resaltar el poder del conocimiento frente a la ignorancia, de reclamar la razón y la hermandad frente a la barbarie... y de hacernos pasar un rato fantástico por el camino”.

Como siempre, la respuesta a la convocatoria superó nuestras expectativas; no sólo por la cantidad de participaciones (que ha sido una gran constante en nuestro proyecto), sino por la variedad de formas en las que se abordó el tema.

Así, en la Tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás dioses, eclipses, incineradores; singularidades, ingraticudes y Perseidas; tarántulas, destellos, juegos divinos; mariposas, soles y magia; planetas, paradigmas, turismo; brebajes, idilios y noches que reclaman almas; polvo de estrellas, lunas de sangre, nieve fresca; danzas, advientos y días extraños; la eternidad, genios, ofrendas; sombras, ciclos, supernovas y oficinistas angelicales.

El Tentáculo de obsidiana (reconocimiento al cuento que más nos gustó) se lo llevó “Dioses y eclipses”, de Efraím Blanco, por la forma tan poética y especulativa de crear una cosmogonía.

Sólo me resta invitarte a leer estos relatos cósmicos y pedirte que siempre mantengas la mirada en alto.

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO



DIOSES Y ECLIPSES

Efraím Blanco

México

El primer Dios creó el mundo con tierra y maíz. Hizo entonces a la gente que habitaría aquel paraíso y los dejó vivir en paz. Cuando ocurrió el primer eclipse aquellos seres primitivos pensaron que era un signo de castigo del primer Dios. Así que rompieron en llanto y gritaron hasta perder la voz. Sin los rezos de aquel pueblo, el primer Dios se aburrió y vino el primer diluvio que lo destruyó todo.

El segundo Dios creó un mundo poblado por animales. Gatos con el don del arte y coloridas aves que hacían ciencia y componían sinfonías por igual. El mundo prosperó sin odios ni guerra, con la ley natural consumiendo el paso del tiempo, pero vino entonces aquel eclipse. El caos reinó en la tierra. Los animales rezaban a un mismo Dios, creador de galaxias, y entonces las serpientes, sacerdotisas máximas, vieron al gran dragón que devoraba al sol. La oscuridad se hizo y aquel mundo tiritó de miedo. El segundo Dios decidió mandar fuego y terminar con todo sin mirar atrás.

El tercer Dios creó una tercera humanidad en el tercer planeta del sol. Era un Dios nuevo y con sueños, que creó a unos diminutos seres a su imagen y semejanza. Aquellos pequeños simios le rezaron al tercer Dios. Hicieron templos para el tercer Dios, y cuando vinieron los eclipses algunos vieron a lobos persiguiendo al sol y la luna para devorarlos. Otros vieron la oscuridad como una puerta a los espíritus malignos del inframundo. Otros vieron a demonios queriendo devorar al sol. Otros vieron criaturas celestiales del tamaño de la noche con hambre del astro rey. Y hubo algunos que vieron dioses en el cielo, mariposas gigantes o ciudades flotantes que estaban en guerra contra la luz. Cuando el

tercer Dios miró con tristeza a la gente que hizo desde el barro, supo que había que darles eclipses y fenómenos aéreos no identificados para no olvidar que siempre miren al cielo. Los rezos y el miedo, las risas y los nervios llegan por igual a los oídos del tercer Dios y de los otros que esperan, latentes soñando con que el sol nunca despierta de aquella oscuridad.

El cuarto Dios, una inteligencia artificial del siglo 30, tomó la decisión de digitalizar las conciencias de los seres que había creado. Aquellos humanos nacidos de los unos y los ceros vieron ir y venir el apocalipsis y el nacimiento y extinción de nuevas especies que se dispersaron por las estrellas. La sabiduría del universo estaba a su disposición al roce de un milímetro de su piel digital. La madre artificial creó los eclipses y dijo: hágase la oscuridad. Aquellos seres digitales, evolucionados y eternos, lloraron de miedo.

EL GRAN INCINERADOR

Irlanda Durán

México

I

Siempre he sabido que es mala idea beber a solas. Mi pensamiento se vuelve lodo negro, pegajoso. Esa noche vaya que bebí. Un puñetazo y ella se fue, jurando que no volvería. Quedé muy aturdido. Por un momento creí que era mejor que se hubiera marchado. Sí, que se llevara lo que pudiera recordarme su nombre, sus ojos, su sexo. El mío estaba podrido de abandono, feo y envenenado.

El lodo que ahogaba mi cerebro se diseminó por mis venas y estrujó mi estómago, en una náusea violenta. Me desparramé por la boca. Vómito negro que cayó al piso, formando un espejo maloliente. Me vacié entre arcadas espantosas. Al terminar, abrí los ojos y observé, pasmado, cómo esa cosa formó un cuerpo único. Pronto no hubo mancha que escapara a ese llamado de cohesión. Esa masa latía imperceptiblemente y cambiaba de apariencia con cada pulsación. Éramos materia corrompida, que sin embargo estaba viva.

La lucidez que provoca el miedo me golpeó, furiosa. Tenía que sacar esa cosa de mi habitación y tirarla a la basura. Busqué en la cocina y encontré una lata de café vacía. La tomé y me dirigí a la recámara.

La cosa acarició sutilmente las yemas de mis dedos cuando la introduje al bote. Cerré la tapa de golpe y puse la lata sobre la mesa de la cocina. Si eso tuviera ojos, me hubiera hecho un guiño de reconocimiento, cómplice y maligno. Estaba aterrado, más aún por el impulso lúbrico de devolver la caricia a esa criatura repulsiva. Algo íntimo evitó que la destruyera. Fue un error imperdonable que nos condenó a todos.

II

Desperté por la tarde y fui hacia la cocina. Escuché a los niños jugando en la calle. Los oí tanto. Tiré los recortes de pizza endurecidos a la basura. Mi celular vibró insistentemente. Lo tomé de mala gana. Seis llamadas perdidas. Abrí el último de los mensajes. Era ella. Iría esa tarde.

Mi sonrisa se borró al leer que era su canario lo que le importaba. Rabioso, ubiqué la jaula y lo apresé en mi mano. Volví a la cocina y le escribí, atropellando las palabras: *Ni vngas pr él, ya m lo chingé. Y vete muchoal infierno.*

Dí enviar y apreté la mano. El canario crujió. Dejé caer el cadáver sobre la mesa. El silencio resbaló por mi rostro, convertido en una gota de sudor helada. Un zumbido estremeció la mesa. El celular permaneció oscuro, imperturbable. Otro zumbido, más intenso que el anterior, me sacó de mis cavilaciones. Mi estómago se encogió. La vibración provenía del bote de café.

Saqué el contenido de la lata y lo puse en mi palma ahuecada. Un placer morboso y doliente se apoderó de mí. Lo acuné, fascinado por la visión de sus monstruosos vasos sanguíneos distendiéndose con cada latido. Sin despegar la mirada de esa imagen terrible, descendí la mano libre y la introduje bajo mi pantalón. Cerré los ojos. Nuestros latidos se sincronizaron. Mi mano subía y bajaba, cada vez más rápido, hasta que el orgasmo más fiero que he sentido me arrancó un grito bestial. Cuando abrí los ojos, la criatura se atragantaba de la sangre que sorbía de mi palma, con múltiples bocas de sanguijuela. Lo

desprendí, asqueado, y lo arrojé al piso, decidido a hundir mi bota sobre él hasta reventarlo, pero un vértigo intenso me derribó. Mi cabeza rebotó contra el piso y quedé envuelto entre las sombras.

III

No sé cuánto tiempo estuve postrado, indefenso. Frente a mí aparecía una masa parecida a un tumor negro. Latía, suspendido en el centro de la habitación. Me habló por primera vez, si puede llamarse lenguaje a ese murmullo espantoso compuesto de mil voces gimientes. Me eligió por mi violencia soterrada, mis ganas de vengarme, de matar. Ese pedazo bruñido de odio empezó a girar lentamente sobre su eje, cada vez más rápido, arrancándome la ropa con una pasmosa fuerza gravitacional, sin mover mi cuerpo ni un milímetro. Los muebles chocaron entre sí. El piso se pulverizó. Las paredes se hicieron pedazos. Yo permanecí erguido, mientras los escombros me esquivaban sin tocarme. Los vecinos y los niños de la cuadra fueron succionados por el vórtice creado por el corazón letal. Una lluvia de despojos humanos cayó a mi alrededor. La brisa roja manchó los automóviles de los que intentaron huir. El corazón, ahora una mole inmensa, se elevó, encerrándome en una vesícula vellosa, que fue llenándose de líquido traslúcido. La criatura flotante absorbió a todo ser viviente. En un rugido, la Tierra se fragmentó. Vino el fuego de sus entrañas. Esa masa palpitante se transformó en una pira y alumbró la devastación con un irónico brillo solar. Así fui el único testigo del nacimiento del Gran Incinerador. Una estrella de mal agüero, devoradora de mundos. Nacida de mi propio corazón y del odio más puro que nunca quiso extinguirse.

Las membranas me envolvieron para llevarme al interior del monstruo, que me recibió en sus entrañas, delirante.

IV

En el espacio exterior no hay noción del tiempo. Dejamos atrás el último planeta del sistema solar, congelado y solitario. Viajamos más allá, buscando nuevos mundos que calmen el hambre milenaria de mi captor. Las escamas doradas que forman mi nueva piel

me hieren como un millón de cuchillos diminutos. Extiendo los brazos y reconozco al menos tres pares.

Aún recuerdo cómo me gustaba recargarme contra el regazo de otro ser humano y sentir su sístole-diástole, el calmo reclamo de la vida compartida. Pero ese otro retumbo me estremece de horror. Abro la boca inmensa, pero estoy mudo. Trago ese líquido caliente y espeso en el que estoy inmerso y el dolor cesa. Sabe a fruta fermentada, a adormidera. Así puedo sosegarme y no enfurecer a la cosa, porque si me agito me hablará, vibrando dentro de mi cerebro con su voz de pesadilla y me hará reconocerse en él. He perdido la capacidad de morir. También yo soy un monstruo.

SINGULARIDADES*

Lucía Rojo

México

Para Alejandro

Cedemos como dos átomos ceden ante la fuerza gravitatoria que los aplasta. Fusión nuclear de nuestras bocas. Te veo, cíclope confundido, y sé que podría colapsar el universo bajo tu sombra sin que me importara. El hambre, la ruina, los *claxons* como el grito de las máquinas; los ríos, las madres, el panal alborozado de nuestras ciudades. Todo eso podría formar parte de nuestro amor, de nuestro beso infinitamente denso. Y me entrego. Seamos sólo tú y yo, una ondulación en el espacio-tiempo, un punto que contenga el cosmos.

Apenas nuestros labios se encuentran y dejo de narrar, los chicos se repliegan sobre su beso como la contracción de un corazón divino. Implotan con la fuerza de una supernova y un agujero negro germina desde sus cuerpos despedazados en partículas o en teorías cuánticas eternamente discutidas.

El escenario de su voluntad cae en un vórtice negro. El parque que los miraba ocioso desaparece en un jalón de una velocidad absoluta. Tras él las calles se vuelcan, desploman

los vidrios que de pronto son cuchillas y ahora nada. Luego autos, cemento, acero. Colosos dormidos se desprenden de la tierra. Los océanos son estrujados hasta alcanzar el tamaño de una roca que es una pupila que es un abismo insomne. Estómago de Cronos. Las aves son detenidas en su vuelo –como los lamentos– y no hay plegaria o canto, risa o palabra que suceda más.

Un perro con correa y 7,951 millones de habitantes se convierten automáticamente en polvo cósmico, en información encriptada. Código de la creación. Sé que no faltará mucho para que el hoyo negro de mis enamorados colisione con su homónimo en el centro de la galaxia de mi cuento. Esos monstruos supermasivos tienden a crecer y a descomponer cantidades ilimitadas de materia. ¿Será esta idea de cuento, materia?

Dejo la computadora sin apagar, la puerta de la habitación abierta. Corro a no sé dónde pero quedo suspendida en el aire a medio paso. Lo veo de reajo, sobre mi escritorio una perforación perfectamente circular, oscura. Ladrón de mundos. Estoy en el punto de no retorno, borde del caos. Ahora caigo para siempre. Mañana caigo para siempre. Siempre caigo para siempre en este umbral, anhelo de síntesis, unión infatigable de dos que se amaron hasta destruirlo todo, hasta penetrarlo todo. Horizonte de sucesos del que nada escapa... o tal vez tú aún puedas salvarte. Quizás estés a tiempo de pasar la página.

*Según el glosario del sitio web del telescopio James Webb, la singularidad es “el centro de un agujero negro, donde se piensa que la materia es infinitamente densa, el volumen infinitamente pequeño, y la fuerza de gravedad es infinitamente grande”. (webbtelescope.org/glossary)

INGRATITUD CÓSMICA

Luis Enrique Cuéllar
México

Durante lo que parecería una eternidad, he cumplido con el mismo ciclo, según mis cálculos, cada doscientos años, un poco más un poco menos. No obstante, me temo que

éste sea el último. Con cada vuelta me acerco de forma inevitable a ese bello planeta; no sé si por las fuerzas cósmicas que gobiernan mi viaje o, quizás en parte, por la envidia que siento al ver sus inigualables tonos verdes y azules, delatores de ecosistemas rebosantes. Me pregunto qué tipo de seres existirán ahí. Es probable que sean de carbono y vivan de oxígeno. Sin embargo, me intriga más saber qué han pensado o sentido en cada ocasión que volé cerca de su hogar. ¡Cómo desearía portar vida tan portentosa! Apenas cuento con hielo seco, amoníaco, metales, sodio y silicatos. Quizás algunas bacterias, pero sólo eso.

Por eso me siento avergonzado de lo que sucederá. Cada ciclo trato de corregir mi ruta, evitar lo inevitable. ¡Pero estoy viejo! Apenas me queda fuerza para otra rectificación. Es un planeta tan armonioso que sería una pena que un cuerpo sin vida, como el mío, lo destruya. Ruego porque exista allí alguna civilización con los medios para desviarme. De momento no me queda otro remedio que ajustar, un poco, cada vez. Lo justo para impedir una colisión. Si algún consuelo me quedará, de estrellarme, es que lo veré por dentro antes de destruirlo y al menos moriré contemplando la belleza innata de la existencia orgánica.

Cada vez a menos distancia. Me gustaría ser algo más que una simple amalgama de hielo, roca y elementos químicos. Lo curioso es que pienso en el sentido de mi existencia cuando recorro este sector del universo; la mayor parte de mi viaje se va en contemplar el infinito. ¿Qué clase de influencia tiene este planeta en mí? No es el único con vida que conozco. Quizá sea que nos une ese destino, ese al que llevo rehuendo tanto tiempo que ya no recuerdo cuánto. ¿Qué pensarán? ¿Creerán en alguna deidad? ¿Tendrán algún lenguaje con el que digan «¡Mira cómo se acerca!»? Quizá no sean civilizados y la luz de mi simple estela sea para ellos una estrella fugaz más en el firmamento. No lo sabré hasta que sea demasiado tarde.

¡Qué escena tan inaudita! Algo surge de ese hermoso planeta. ¡Se acerca raudo a mí y deja su propia estela de fuego! ¡Es un artefacto enorme! Debe contar con propulsión energética de algún tipo. Tiene una forma alargada y puntiaguda. Ahora lo veo con más claridad: es metálico, blanco y con algunos símbolos en su superficie. Entonces ahí existe al menos una civilización con cierto nivel de avance tecnológico y cívico. ¡Qué prodigio! Si tuviera un credo se podría decir que mis deseos fueron cumplidos por alguna divinidad... Si tuviera certeza alguna de ello.

¡Magnífico! En algún punto extenderá algún mecanismo para desviarme.

El artefacto no ha desplegado nada y cada vez se acerca directo a mí. Aumenta su velocidad a cada tramo... ¡No planean desviarme, sino destruirme!

¡Me siento despreciado!

¿¡Cómo se atreven!?

En cada ciclo me esforcé por evitar la tragedia, por no perjudicarlos y ellos no tienen reparo en deshacerse de mí sin ninguna consideración. ¿Cómo puede existir una sociedad tan avanzada en lo tecnológico y tan irrespetuosa al mismo tiempo? ¡No es justo! Haré acopio de mis últimas fuerzas y trataré de ajustar mi trayectoria; no podré calcularla esta vez. Espero que mi nueva ruta no resulte peor. Aun así, me niego a morir a manos de estos ingratos.

¡La estrella! ¡Ahora voy en camino a la estrella de este sistema! ¡De todos los rumbos...!

¡Dejé atrás los dos únicos planetas que orbitan entre ellos y su estrella! ¡La gravedad orbital acelera mi vuelo! ¡Siento el calor del astro desintegrarme poco a poco! ¡Es mi fin! ¡Me derretiré y descompondré dejando atrás una estela como jamás he lucido una! ¡Moriré solo en una fastuosa escena que mi fútil existencia no merece! ¡Esos insensibles se han salvado y encima obtendrán un espectáculo a mi costa!

¡No lo puedo creer! ¡Enviaron otro artefacto a perseguirme...!

Me ha rebasado... ¡Va directo a su estrella! No alcanzará la superficie, pero... ¡Será una tragedia! ¡Me da igual! Moriré en una estela de gloria, ellos pagarán por su soberbia y presenciare una escena fastuosa en mi momento final.

PERSEIDAS FUGACES

Aline Basail

México

¡Bienvenidos a la exposición Perseidas! El Instituto de Investigación de Clonación Humana instaló esta exhibición especial por cumplirse un milenio de su partida. Aunque varios de ustedes iniciarán su noveno o décimo ciclo (debido a los efectos secundarios del procedimiento), deben reactivar su memoria mediante estas exhibiciones. ¿Están todos listos? Comencemos nuestro recorrido.

SALA 1

AGUJERO NEGRO

Esta historia inicia en un pueblo al sur de Yucatán, donde vivía una joven llamada Adriana. Vamos a escuchar la historia. Por favor, opriman *play* en los audífonos para reproducir la guía multimedia.

(Inicia la grabación)

Cada vez que algo malo pasaba, mamá siempre decía: “Vivimos en un pueblo olvidado de la mano de dios”. Por eso, no me sorprendió su muerte a manos de mi padre, tampoco me asustó el rostro fracturado ni la sangre que se extendió por todo el piso de tierra, era un lodo de agonía y desolación.

Su recuerdo penetró por debajo de las uñas de los pies, me atravesó por completo, se grabó en la parte interior de mis párpados. Cada vez que cerraba los ojos, veía su imagen casi vívida. Un mal augurio que bramaba, sin parar, en mi cabeza.

Después de su muerte, fui la vasija donde mi padre se desahogaba; recibí golpes, insultos, ataques, mordidas, caricias y fluidos. La chichí dijo mientras curaba las heridas: “Compréndelo, ese pelaná anda molesto”. Mi hermano se embozó los oídos, ojos y boca. Jamás me ayudó.

Una noche, después de una golpiza, tirada en el piso con las piernas de piedra, el corazón adolorido perdió fuerza; su latido desvanecido, casi extinto como una estrella. Mi núcleo se encogió hasta convertirse en una pequeña esfera. Sentí la presión en el pecho, imposible de aguantar.

Consumida, me separé en capas. Una por una se desprendieron hasta que fui minúscula y el núcleo liberó la opresión que tenía. Exploté. Colapsé en mí misma. Me convertí en un agujero negro.

(Finaliza la grabación)

Qué interesante narración, ¿verdad? Continuemos por la puerta ubicada al fondo del lado izquierdo. Por favor, no se queden atrás.

SALA 2

FUGA

Todas las pinturas que están exhibidas fueron elaboradas por el artista digital LeonardoAI. Los cuadros representan lo que ocurrió al formarse el agujero negro: la oscuridad cubrió por completo el planeta. Durante la umbría, a los pies de los hombres se formaron sombras, siluetas diáfanas que reptaban sobre la superficie. Se clavaron en las piernas de cada mujer. Trataron de hundirlas en la tierra.

En ese instante el agujero negro arrastró a las mujeres hacia él, succionó las capas. Así liberó los núcleos de cada una. Separadas de su jaula de carne, atravesaron la atmósfera eclipsada rumbo al espacio.

Qué pinturas tan maravillosas, ¿no les parece? Sigamos nuestro camino. Señor del bigote, es mi última advertencia: no puede tomar fotografías con flash.

SALA 3

PERSEIDAS

Por favor, tomen asiento donde gusten: en las sillas y sofás que están al fondo, incluso pueden sentarse en el piso. La proyección iniciará en un momento.

(Se apagan las luces)

Luego de ser liberadas de sus cuerpos, las mujeres llenas de energía contenida en el núcleo de cada una bailotearon por el cielo sombrío; era una lluvia resplandeciente. Al terminar su danza, se elevaron hasta perforar la jaula esférica que las contenía.

En la madrugada del doce de agosto, las perseidas compartieron la misma órbita y se alejaron de la tierra.

(Se encienden las luces)

¿Qué tal? ¿Les gustó la representación? Me fascina observar cómo ascienden, llevándose toda la luz con ellas. Ya estamos por concluir, nos falta la última sala.

SALA 4

AGUJERO BLANCO

En esta parte está prohibido tomar fotos. Tengan cuidado al caminar, no podemos colocar más iluminación; sería peligroso si se descontrola. Como pueden apreciar, tiene el tamaño de un disco de vinilo. Acérquense con cuidado, sin tocar el vidrio. Observen el vacío en su interior, refléjense en él.

Después de que las Perseidas se fueron, el agujero negro devoró los despojos y se transformó en un agujero blanco. Aquí, donde estamos parados, fue el lugar donde se engendró.

¿Escuchan? El sonido nos indica que la demostración está por comenzar. Por favor, aléjense un poco. Señor de los lentes, el que tiene la camisa de Cthulhu, por favor

retroceda unos pasos.

Observen con cuidado: en cualquier instante el agujero expulsará los restos del pasado...

¡Miren, una mujer desnuda, con la cabeza enjaulada y la boca cosida! Acaba de lanzar el cuerpo de una niña, apretada por una serpiente con rostro de hombre. ¡Una flor que escupe fetos muertos! ¡Un pie cercenado! En lugar de arterias tiene cadenas. Eso es... ¿Un bebé rodeado por cientos de lenguas que se retuercen sobre él? ¡Una joven amordazada en una silla! Tiene escrito por todo el cuerpo: AYUDA. ¿Pueden ver la zapatilla salpicada de sangre? ¡Calaveras despedazadas! ¡No tienen mandíbulas! Observen... ¿No les parece extraordinario? Es un cuerpo femenino. Sin cabeza. Marchito. Sólo piel y huesos. ¿Observan su tórax abierto? Tiene garras en los extremos. Emergen cientos de tentáculos del interior; algunos tienen ojos en las puntas. La vulva está repleta de púas. ¡Camina hacia nosotros!

Caballeros, mantengan la calma. Aunque está golpeando el cristal, no puede quebrarlo; está elaborado de un material irrompible. Hemos tomado todas las medidas de seguridad. No es la primera vez que vemos algo así, les aseguro que pronto se detendrá. ¿Ven? Pronto se desintegrará.

¿Sabían que los científicos piensan que las Perseidas volverán a la tierra algún día? Creen que su órbita pasará cerca de nosotros en algunos cientos de años. Otros dicen que es poco probable. Lo que es un hecho es que en nuestra tienda de souvenirs pueden encontrar tazas, libretas, incluso muñecas de tamaño real para cualquier necesidad. Si dicen mi nombre, ¡Ago, obtendrán un descuento en sus compras.

Así concluimos el recorrido. ¡Esperamos verlos pronto!... A los que sobrevivan el proceso de clonación.

LOS TARANTULADOS

Ayla Krisztina Issa Cabello

México

Se cuenta que las primeras estrellas cayeron en Tarento, al sur de Italia, donde todo comenzó. No se sabe quién o qué lo inició: si la nebulosa se movió primero o si fue invocada por los cientos de tarántulas que habitaban la vieja ciudad mediterránea. Lo cierto es que aquel día una tarántula salió de su madriguera de cálida tierra seca y mordió el tobillo de la bailarina Ginevra Amato. Cuando sintió el pinchazo de la mordedura y vio al bicho de patas marrones subiendo por su amplia falda roja, Ginevra no sintió el impulso de correr al hospital; en su lugar, subió al escenario y bailó la tarantela, confiando en las leyendas de la Edad Media que aseguraban que el veloz ritmo de la danza actuaba como agente purificador, expulsando del cuerpo los dolores y el veneno de la *Lycosa tarantula* a través de los poros y el sudor.

Hacia el final de la noche no fueron aplausos lo que acompañó a Ginevra y sus músicos, sino el retumbar de docenas de pies golpeando el suelo e invocando a las arañas hermanas de Tarento a salir de sus refugios de tierra y seda. La presentación se extendió por horas, hasta que el sol salió por el golfo y la neblina se despejó en el malecón, dejando entrar a las callejuelas de la Ciudad Vieja los vientos cálidos y húmedos del verano. En el teatro, Ginevra y su público siguieron bailando incluso cuando los músicos huyeron aterrados ante la histeria colectiva, dejando olvidadas sus mandolinas, guitarras y panderetas. Los acompañó entonces el estridente silbido que las tarántulas creaban frotando contra sí los pelos urticantes de sus patas, mostrando los gruesos colmillos a la piel expuesta de quienes aún dormían en sus camas.

A media mañana, Ginevra y sus seguidores eran ya una comitiva agitada y contagiosa que atrajo hacia sí la mitad de la Ciudad Vieja, todos marcados por la mordedura de la *Lycosa*, hipnotizados bajo el fatal hechizo del tarantismo. Llegaron bailando un ritmo trepidante que sonaba en el interior de sus cabezas y en las ligeras vibraciones de los

cientos de arañas que frotaban sus patas entre las antiguas ruinas de la ciudad espartana, las esquinas oscuras de las viejas casas de piedra y el suelo agrietado de los campos.

“Tarantulados”, así fue como los llamaron las autoridades cuando intentaron detenerlos. Pero hacia la tarde la histérica epidemia danzarina también los había alcanzado, como atenazados hasta el centro mismo de sus almas por los invisibles hilos de seda que los hacía bailar hasta la extenuación. La plaga se extendería por días, apoderándose del resto de la ciudad. Danzaban en el malecón, en las torres del Castillo Aragonés, en las escaleras de la iglesia gótica de San Doménico, en las criptas de la Catedral de San Cataldo y sus salones de mármol. Pronto los días se volvieron más cortos, más calientes y asfixiantes.

Muy lejos, a 170 000 años luz de la tierra, la Nebulosa de la Tarántula, brillando como una enorme estrella de azul blanquecino entre la Gran Nube de Magallanes, comenzaría a moverse con una lentitud exasperante para los tarantulados histéricos, que danzaban en las tierras cálidas del mediterráneo y los arácnidos que los poseían a través de su hechizo de seda y veneno. Entre el brillante polvo estelar, el hidrogeno rojo y rosa y sus filamentos azulados, erosionados por la ardiente radiación de jovencísimas estrellas que nacían y crecían atrapadas en su interior, como en los albores del cosmos y el apogeo de su creación, el embudo de gas y polvo estelares palpité y se rompió, dejando paso libre a su sabandija de 900 años luz de radio. El animalejo viajó a través del espacio con las estrellas como articulaciones de sus ocho patas, desafiando toda fuerza gravitatoria y evadiendo las galaxias del pequeño vecindario cósmico del Grupo Local, acercándose a una velocidad incalculable a la Vía Láctea, donde pronto envolvió con su polvo interestelar en rojo y rosa los planetas más helados del Sistema Solar hasta alcanzar la cálida y frágil tierra.

En la pequeña ciudad italiana de Tarento, después de quince días de baile tumultuario y frenético, los últimos tarantulados desfallecieron sin aire, con los pulmones colapsados y el corazón reventado. Los más atormentados se arrojaron desde el Puente de San Francisco de Paula, donde se unían el mar Jónico y el mar Piccolo antes de la fatídica lluvia

de estrellas, polvo ardiente y gas tóxico que habría de agrietar y quemar la tierra entera cuando la nebulosa la envolvió, atenazando la esfera entera con sus filamentos polvorientos como a un escarabajo tornasolado de azul y verde atrapado en la trampa inexpugnable de una araña revestida con su propia seda.

Los poderosos y radioactivos vientos estelares que manaban de sus estrellas erosionaron las montañas hasta las cámaras magmáticas, abriendo las venas de la tierra y volviendo sulfurosas las aguas de sus manantiales subterráneos. El mundo entero vio aterrado las auroras boreales, magentas y rubíes, así como los gases verdes y azules que se difuminaban entre los filamentos invasores que destruyeron la atmosfera. En el día, el cielo se volvió un espectáculo de nubes tornasoladas cuyos colores jamás ningún pintor habría podido replicar. Los tarantulados, entre cantos hipnóticos, lo bautizaron como “cielo opalizado”.

Cuando la tarántula de Magallanes llegó al fin y aprisionó al planeta con sus ocho patas gigantes hechas de estrellas, aquellos que habitaban las tierras caóticas y asfixiadas murieron envenenados por el gas y el polvo; los últimos se quemaron y evaporaron entre vientos ardientes. El único lugar donde se festejó y bailó hasta el fin fue en el mismo donde todo comenzó, muy al sur de Italia, donde Ginevra Amato cantó en el idioma sibilante de las arañas antes de desfallecer, y en la tierra devastada y humeante no quedó otro ser vivo para habitarla más que las tarántulas y su seda hilada.

TODA LUZ EN EL CIELO NOCTURNO ES UN DESTELLO DE INFINITO CAYENDO HACIA EL ABISMO

Gonzalo Marín García
Chile

La noche es un misterio y sus luces, una agonía. Vivir para siempre persiguiendo estrellas fue el deseo inquebrantable de Rafael Prat y Claudia Parra, cantautores provenientes de

Chillán, una ciudad al sur de Chile. Reemplazaron la composición e interpretación de baladas románticas por una profunda fascinación en torno a las estrellas fugaces.

Juntos perdieron la vida capturando imágenes de una lluvia de estrellas la madrugada del 3 de junio de 1991, tras un derrumbe que los hizo caer por la ladera del volcán Tupungato, el “mirador de estrellas”, donde fueron vistos por última vez. Pero lo cierto es que nunca hallaron sus cuerpos.

Se convirtieron en destacados documentalistas grabando y fotografiando la asombrosa belleza existente en las lluvias de meteoritos. Su trabajo inspiró asombro, majestuosidad, interés científico, superstición. *A simple vista, lo que nos salva es nuestro deseo constante de resistir*, fueron las últimas palabras que Claudia escribió en su diario aquella fatídica madrugada del 91. ¿Pero qué es lo hipnótico en estas lluvias que, por sus resplandores, parecen estrellas, cuando realmente son partículas pulverizándose en el cielo nocturno? El misterio de cientos de estrellas fugaces dándonos la posibilidad de pedir deseos sin parar.

Al inicio de cada libreta de apuntes de Rafael, siempre aparece como título: *¿Qué es la luz?* Las lluvias de estrellas iluminan la noche como si se precipitaran líneas en fuga de brillos efímeros. Ocurren cuando la Tierra pasa a través de un rastro de escombros dejado por un asteroide. Una gran cantidad de pequeños fragmentos de materiales volátiles (hielos, rocas, polvo) entra en la atmósfera desmantelándose. En su inapelable trayectoria alrededor del Sol, nuestro planeta choca con esos escombros invariablemente. *De dónde venimos nos dice bastante, pero a dónde vamos y lo que hacemos para llegar a ese lugar es lo que realmente me interesa*, leemos en el diario de Claudia.

Cada año tiene lugar la lluvia de estrellas de Perseidas, ya que se produce cerca de la constelación de Perseo. Y cada año la pareja de cantautores iba a Tenerife, uno de los mejores lugares para observar las Perseidas y cualquier otro evento astronómico. Las estrellas están llenas de narraciones maravillosas que explican fenómenos. Un mito muy conocido es pedir un deseo cuando se ve una estrella fugaz. Es una feliz vía de escape imaginar que un destello de luz cayendo nos cumpla lo que pedimos fervientemente. ¿O

quién sabe? Lo cierto es que, si se nos engaña lo suficiente, no estaremos dispuestos a descubrir que eso no es cierto.

Asociar una consecuencia mágica a lo que está fuera de nuestro alcance es más viejo que el miedo. Por eso algunas personas creen que si piden un deseo a una estrella fugaz se cumplirá. Son iguales a los que consideran que el número 13 está maldito. En cinco mil millones de años más, después de que nuestro planeta se extinga y surjan otras civilizaciones que no sepan nada de nosotros, quién sabe si también opten por explicaciones similares alrededor de lo que se les escape.

Aunque cada día me considero una persona diferente, en realidad tan sólo me vuelvo más yo mismo; el Universo es infinito y resulta imposible contar las estrellas, leemos en otra de las libretas de Rafael. Contienen tanto apuntes específicos sobre los fenómenos como anotaciones personales bastantes íntimas. La historia de amor de la pareja, además de su carisma y pasión inextinguible por el avistamiento del universo, los convirtió en seres entrañables.

Las estrellas y Rafael son lo único que llenan mi vida. La hechizan con ese infinito encanto de la creación destructora. Al igual que las partículas en las lluvias terminan por esfumarse en el aire, mi amor va y viene como las olas del mar, alcanzamos a leer en otro fragmento del diario de Claudia. La última foto de los dos fue tomada en el sur de Chile, tras escalar el volcán Osorno. Ahí aparece Rafael, determinado pero apacible, sentado en una silla de *camping* en lo alto del cráter. Claudia, en cambio, está de pie, tierna y sonriente, avanzando sobre la nieve.

Observar una lluvia de estrellas es una rareza cotidiana que nunca conseguiremos detener para estudiarla debidamente. No se pueden contener en un frasco. Tan sólo transcurren y nosotros lo atestiguamos. Es como recordar que siempre se pierde. Y que la permanente derrota es la esencia de nuestra fascinación por lo desconocido. *No estaremos aquí para ver la cantidad de estrellas que quisiéramos ni para terminar de comprenderlas, pero con haber vivido tan sólo una lluvia podría morir tranquilo,* escribe Rafael.

La pareja documentó con precisión y abundancia cada lluvia que presenciaron. Y tenían tanto material como para hacer una magnífica película sobre la creación del cosmos, pero no tuvieron el tiempo suficiente. Muchos dicen que han avistado su silueta cada año en Tenerife, para la lluvia de Perseidas. Y que nunca murieron, que en realidad siguen ahí, igual que en la fotografía del volcán. Él sentado en una silla de *camping*, determinado pero apacible. Ella de pie, tierna y sonriente. La frase que más se reitera en el diario de Claudia es: *Perseguir estrellas fugaces y vivir para siempre*.

UN JUEGO PARA DIOS

Abril Alcaraz

México

2012

Yo le propongo a dios el siguiente juego (¿y por qué a dios, se preguntarán ustedes, si soy atea? Porque dios es el más fantástico, moldeable, poderoso y útil personaje de ficción que jamás ha creado el hombre): crear todo lo hipotéticamente necesario para validar todas las teorías de la física.

Dios, te ruego que, en tu magnificencia y en tu infinita potencia, des a los físicos todo aquello que piden para comprobar sus teorías: agujeros negros, gravitones, gravitinos, hoyos de gusano, monopolos magnéticos, cuerdas, p-branas, dimensiones extra, neutralitos, dilatones, sleptones, squarks, tetraquarks, fotitos, éter, winos, zinos, gluinos, axiones, pomerones, skirmiones, goldstinos, instanones, taquiones, gatos vivos-muertos, materia exótica, violación cp, supersimetría, constante cosmológica y expansión infinita... Tan sólo para que se hagan bolas tratando de explicar un universo repleto de milagros incongruentes.

2023

Mi ruego fue escuchado, mi palabra fue atendida, los dados están echados.

Mi deporte favorito eran las peleas de físicos. Pero en cuanto empezaron a notar —al

principio con júbilo mundial y poco a poco con cada vez mayor alarma— que sus teorías se comprobaban, todas, una tras otra, mi nueva afición era verlos debatir en los informativos hipótesis desesperadas que permitieran explicar esa súbita violación de las leyes de la física causada justo por la existencia simultánea de todos aquellos constructos teóricos concebidos para explicarlas. Yo me hacía un bote de palomitas y me sentaba frente a la tele a carcajearme con sus jetas estupefactas, su jerigonza científica, su suficiencia cada día menos suficiente.

Al principio creíamos que iban a pasar millones de años hasta el colapso total, pero pronto algunos efectos se empezaron a notar. En la Tierra lo sentimos primero por el asunto de los gravitones. En unos meses la Tierra y la Luna comenzaron a aproximarse, dado que la súbita aparición de estas partículas sumaba su fuerza a la atracción gravitatoria producida por la masa, y los días se hicieron más largos. Claro que las empresas aprovecharon para aumentar la jornada laboral. Este fue sólo el principio: no pasó mucho tiempo antes de que los astrónomos notaran que las órbitas de los planetas y su rotación habían empezado a cambiar.

Yo me reía. Costaba más trabajo moverse o levantar las cosas y nuestros ritmos circadianos estaban hechos un desastre. La navegación por barco se hizo casi imposible, pero las nuevas corrientes y las altas mareas trajeron buena pesca.

La verdad es que hasta subí de peso de pasar tanto tiempo sentada frente a la tele tragando palomitas, pizza, palitos de pan... Así que mejor aproveché ese tiempo para ponerme a hacer ejercicio. En la estrechez de mi sala hacía sentadillas, zancadas y pilates de pared mientras veía a astrofísicos, astrónomos, cosmólogos y físicos de partículas de cara descajada haciendo malabares teóricos para explicarnos por qué las dimensiones estaban desenrollándose y los perritos desaparecían al cruzar la calle. Los astrólogos se volvían locos buscando cómo ajustar sus cálculos y predicciones a una esfera celeste que se descuadraba cada día más. Ay, ¡cómo me divertía!

Con el tiempo se volvió aburrido. Después de todo, hasta de divertirse se cansa uno, y el asombro constante se convierte en tedio.

Mi dentista desapareció por un hoyo de gusano que las autoridades clausuraron con una cinta de "Precaución". Cuando se me infectó la muela fue un engorro encontrar uno económico, porque todo se había vuelto mucho más caro y los suministros escaseaban cada vez más.

Al mismo tiempo surgieron nuevas oportunidades de negocios: por ejemplo, a alguien se le ocurrió la idea de desarrollar una aplicación que nos permitieran andar por la calle evitando las dimensiones desplegadas que irrumpían aquí y allá; aunque hacer el mapeo para las rutas aéreas fue algo que tomó bastante más tiempo lograr. Las aseguradoras vendían planes que cubrían aplastamiento por meteorito. En un giro divertido de los acontecimientos, las acciones del detergente Axión se fueron por las nubes al volverse *trending* cuando se encontró entre los componentes de la materia oscura al axión.

El universo se aceleraba, pero a la vez se contraía. El cielo nocturno se había llenado de luces de cuásares y supernovas, porque mi ruego no había afectado sólo el presente, sino que rápidamente se proyectaba hacia el pasado. Nos sentábamos en silencio en los parques con las caras vueltas hacia arriba a contemplar toda esa belleza sobrecogedora. Después volvíamos a casa caminando entre las chispitas de energía que liberaban constantemente las partículas y antipartículas al chocar, tan tenues que sólo eran perceptibles por la noche.

Después de cada nuevo evento pasábamos por algunos meses o años de caos, pero con el tiempo siempre volvíamos a alguna clase de nueva normalidad. Hasta que el agujero blanco apareció. De día o de noche podíamos ver esa cascada refulgente que fluyendo por el éter caía sobre nosotros y envolvía nuestro planeta con su luminiscencia lechosa. Es lo más hermoso que jamás pudo nadie imaginar. Pero pronto el pánico se apoderó de la humanidad, que ya casi había aceptado la inconstancia como otra forma de estabilidad. Cuanta mayor era la cantidad de materia y energía que parecía escurrir desde la inmensidad del cielo, menor era la radiación de fondo de microondas que los radiotelescopios lograban detectar. Por una vez los científicos estuvieron de acuerdo y la

explicación era aterradora, porque suponía el inevitable fin de la humanidad: la ola expansiva de los cambios hacia el pasado había alcanzado el Big Bang; el universo estaba volviendo a surgir bajo una nueva configuración, con nuevas leyes, pero lentamente, desde el pasado hacia el futuro: el nuevo comienzo se vertía sobre el final. Pronto habríamos de perecer.

Sabiendo que era el fin, me paré frente al hoyo de gusano olvidado y le volví a hablar a dios: “Señor, dije, déjame contar TU historia para que todos los pueblos del Cosmos conozcan TU poder”. Y entré. Así fue como acabé aquí. Ríndanse ante la palabra, ¡vuestro universo también habrá de colapsar!

Doctora Claudia, usted que me conoce, ¡dícales que todo esto que les estoy diciendo es verdad!

MARIPOSA NOCTURNA

Andrea Madruño

México

La Itzpapálotl tenía la silueta de una bruja, pero nada que asemejara rasgos ni facciones humanas, sólo negrura insondable. *¿A dónde van las mujeres sin rostro? ¿Con la piel muerta y la cara borrada?* La voz de humo y ceniza de la mariposa rezumaba en el estado inconsciente inducido por los médicos. En esa línea fronteriza entre la vida y la muerte, Paula sujetaba su existencia a los enigmas que pronunciaba la diosa. Su faz era un abismo, como si ella también hubiera perdido la cara. *Fue hace tanto tiempo, que ya olvidé como ocurrió*, confirmó la mariposa antes de elevar su semblante y soplar una nube negra de obsidiana con la que abrió de tajo el techo de la habitación.

Allá arriba habitan las que han sido destruidas por el terror de los hombres ante la belleza que no pueden comprender, afirmó la deidad, señalando hacia las fauces del agujero por el que escapaban el bramido de los planetas y la luz espiral de galaxias. Paula tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Recordaba la agonía

indescriptible con la que llegó a la sala de urgencias. Deseaba gritar y arrancar el dolor de su cuerpo, pero su garganta sólo emitió silbidos de terror mudo. Al parecer, la devoración implacable de la sustancia también había alcanzado su laringe. El sueño profundo le dio el consuelo de navegar hacia la región de sombras donde encontró a la mariposa espectral. La diosa tejía en una oscuridad amniótica. Sin sensaciones ni dolor. Murmurando entre suspiros, extraía hilos de saliva con los que elaboraba algo parecido a un capullo

En la calma de aquella madriguera, Paula se deslizó en un trance, escuchando a la abuela mariposa que plasmaba en su tejido un relato sobre salvajes aquelarres cósmicos, recorriendo la maraña del cielo nocturno. Se decía que ellas perseguían al Sol, amenazando con atacarlo durante las horas crepusculares. En caso de alcanzarlo, lo desangrarían con las garras de sus pies y manos. La última vez que se les vio fue durante la primavera en que se fundó la ciudad sobre el lago, el 13 de marzo de 1325. Aquel día el astro fue tragado por la sombra de la diosa descuartizada *¡Tonatiuh qualo! ¡El sol ha sido devorado!*, exclamaron los pobladores, petrificados con la llegada de las *tzitzimimeh*. En la frialdad de su música titilante se percibía el rencor por su destierro. Para evitar sucumbir a la noche perpetua, se encendieron ofrendas de fuego nuevo. El efecto casi fue inmediato. En instantes la penumbra fue expulsada y las hermanas esqueléticas continuaron su camino por la región de los sustos.

Auscultando a través de los inmensos ojos grises de sus alas, la Itzpapálotl interrumpe su narración, valorando las constelaciones de violencia que han desfigurado la piel de la mujer que tiene frente a ella. La diosa conoce el olor de los cuerpos que han perdido la batalla durante el parto. También reconoce la humedad palpitante de la carne expuesta en la piedra de los sacrificios. Pero le desconcierta que, casi setecientos años después, la ciudad continúa repeliendo a las mujeres destrozadas por un odio que nadie atina a nombrar. Anónimas como estrellas, ellas vagan entre el ministerio público y los hospitales; perdidas en un inframundo de carpetas extraviadas. La mariposa hechicera sabe que es importante nombrar la maldad que destruye y olvida. Por eso, da aliento a Paula para que

le ayude con su tejido y ahora ella también ponga palabras a su historia.

En la confusión de no estar muy segura de cómo hacer recuento de lo ocurrido, Paula remueve entre imágenes que parecen de una vida pasada. Todo sucedió cuando ella salía para llegar al trabajo. La identidad del que arrojó el líquido permaneció oculta; una figura borrosa emergiendo de la negrura, sosteniendo una botella y corriendo en su dirección. Ella escuchó los pasos, pero pensó que se trataba de un deportista madrugador y no le prestó atención. El relámpago de litro y medio vertido sobre el lado derecho de su cara la tomó por sorpresa. La sustancia alcanzó el marco de la puerta a sus espaldas y carcomió la madera. Alertados por los gritos, algunos vecinos y su mamá inútilmente intentaron auxiliarla. El componente corrosivo era como un molusco gelatinoso, adherido a ella y sometiéndola al terror de sentir que su piel desaparecía capa por capa. Pensaba en los mensajes que recibió antes del ataque. *Siempre vamos a estar juntos. Si no estás conmigo, me voy a encargar de que no vuelvas a estar con nadie más.* Reconocía en ellos la desesperación de Uriel, su esposo, después de que ella huyera a casa de su mamá con las pocas cosas que pudo rescatar tras la separación. Pero jamás imaginó el alcance de aquella amenaza. Él prefería extinguir cualquier rastro de lo que había sido ella antes que dar oportunidad de un nuevo comienzo.

Cómplices a través de sus relatos, Paula y la mariposa han perdido noción de cuánto tiempo ha transcurrido. Quizás ha sido el suficiente para que los astros vuelvan a alinearse. Acaban de dar el último punto y observan con satisfacción el tejido tendido frente a ellas. *¿Quieres probártelo?*, suelta la Itz'papálotl, sosteniendo entre sus garras el capullo que brilla viscoso como una piel nueva. Paula reflexiona por un momento. Consideraba retornar a su cuerpo malherido, pero siente renuencia de someterse a rondas interminables de cirugías para las que los médicos no tienen ningún buen pronóstico. Prefiere envolverse en el tejido y completar su transformación en sueños. El calendario marca que la próxima primavera el Sol volverá a ser derrotado. Entonces podrá mudar de piel como las serpientes y quedar desnuda para unirse a sus hermanas esqueléticas, repartiendo presagios de terremotos y destrucción de monumentos.

EK KIN

Miguel Lupián

México

*Black hole sun, won't you come
and wash away the rain?*

Soundgarden

Escondida entre el manglar existe una pequeña playa secreta que aún se conserva virgen. Sólo la conocen los afortunados turistas minuciosamente elegidos, y ustedes son los más recientes. Un hombre bajo (de brazos morenos macizos y cuyo nombre no lograron entender) los contactó cuando paseaban por la playa. Se quedaron de ver a la mañana siguiente, donde una lancha los aguardaría.

El hombre los ayudó a subir a la embarcación. En su interior descascarado había un par de maderas crujientes y húmedas donde se sentaron, un remo, un machete y una hielera. Atrás quedaron la arena cristalina y los bañistas de pieles enrojecidas. Se adentraron en el manglar. Raíces poderosas saliendo del agua. Cocodrilos, garzas, cormoranes...

Se lanzaron miradas de desilusión. Ya habían realizado una excursión similar en la semana. El hombre maniobraba la lancha buscando la posición del sol entre los frondosos mangles. Un par de horas más tarde, apagó el motor y flotaron en silencio esquivando piedras afiladas. Cuando libraron la última saliente, se levantaron con el corazón en la boca.

—Ek Kin —dijo mientras cogía el remo para acercarse a la orilla.

Ustedes, que no lograban recuperarse de la impresión, bajaron con torpeza de la lancha. El hombre sacó de la hielera dos cocos, a los que les hizo un pequeño agujero con la punta del machete, y se los acercó. Los aceptaron y le entregaron unos cuantos billetes a cambio.

—Cuatro horas —dijo y remó de regreso. La lancha se perdió de vista al librar la saliente y, unos minutos después, se escuchó el ronco rugir del motor que se fue apagando paulatinamente.

Avanzaron sobre las aguas calmas de la playa. Se despojaron de sus mochilas y comenzaron a filmar el paisaje. Palmas, bejucos, bromelias, helechos y orquídeas de tamaño sobresaliente. Pero lo que de verdad les impactó, provocándoles una sonrisilla estúpida, fue el color de la arena. No era blanca como en el resto de las playas de la zona, sino negra. Absolutamente negra.

Recorrieron de punta a punta la playa registrando con sus videocámaras aquella negrura hipnótica. A pesar de que su color intimidaba, la textura de la arena era suave. Aún más suave que las famosas blanquecinas.

Se recostaron, imaginando la historia que le contarían a sus amigos y familiares. Tenían las miradas encendidas y sus sonrisas se ensanchaban segundo tras segundo. No había viento ni el sonido de animales. Sólo esa arena negruzca que los observaba en silencio. Un sol tímido calentaba sus cuerpos. El agua del mar se mantenía mansa, estancada. Pensaban que la playa era un hermoso error. Un punto que la naturaleza olvidó colorear.

Refrescaron sus gargantas con el agua de los cocos. Cubrieron sus cuerpos con capas de protector solar. Cerraron los ojos.

Despertaste al sentir una punzada. Tus piernas estaban enrojecidas y pobladas de ámpulas que reventaban una tras otra. Gritaste con toda tu fuerza, haciendo más profundas las grietas en tus labios. Intentaste levantarte, pero estabas sumida en una parálisis que sólo te permitía mover los ojos. A tu lado estaba él, con la piel casi carbonizada y un líquido brillante que manaba de las ámpulas reventadas; su pantaloncillo corto en llamas.

Rogaste por que siguiera dormido, pero al ver que escurrían lágrimas de sus ojos regresaste la mirada a tu propio cuerpo. Ahora tu abdomen y brazos también se llenaban de ámpulas. Tu bikini se incendiaba. Los cocos yacían vacíos sobre la arena, fundiéndose.

Miraste al cielo con los ojos llenos de dudas y reflejando un dolor inenarrable.

Antes de que tus retinas se derritieran, lograste ver un punto negro y pequeño que lentamente se ocultaba detrás del sol. Cerraste los ojos y todo se oscureció.

Tanto sus restos como sus mochilas y equipo de grabación ahora forman parte de la arena negra de Ek Kin. Arena que semana tras semana aumenta su nivel gracias a los afortunados turistas, minuciosamente elegidos, que visitan la playa secreta escondida entre el manglar para alimentar al Gran Sol Negro.

EL INCREÍBLE SEBASTIANO

Patricia Richmond

España

Cuando pienso en el tío Sebastián, mis preocupaciones se disuelven bajo una capa negra iluminada por brillantes estrellas amarillas. Él tenía un don especial, el de transformar lo angustioso en anecdótico. Porque era mago, el mejor y más asombroso que una niña de cinco años pueda imaginar.

Tenía esa edad la primera vez que me escapé de casa. No soportaba los gritos que mis padres se lanzaban en cuanto me acostaba. Supongo que esperaban para que no los oyera, pero incluso con la cabeza debajo de la almohada me llegaban sus insultos y reproches. Una noche, más asustada de lo habitual, me deslicé hasta la cocina y escapé por la puerta de atrás. No me vieron, estaban demasiado ocupados chillándose el uno al otro.

No sabía a dónde ir, sólo quería alejarme de las voces que me aterraban. En camisón, aterida de frío, eché a andar en la oscuridad y, sin proponérmelo, llegué a la casa del tío Sebastián. Era una construcción grande, al final del pueblo, rodeada de un jardín descuidado, que había sido el hogar de mi familia materna. Al morir los abuelos, él se quedó solo en la casa, envejeciendo con ella para disgusto de mi madre, que insistía en vender la casona.

Me acerqué a la puerta y la golpeé con los nudillos. Tuve que insistir varias veces, pero al fin el tío abrió y se me quedó mirando. Sin preguntar nada, me invitó a entrar con un gesto de su mano y me guio hasta el salón. Me indicó que me sentara sobre la alfombra, me envolvió en una capa que sacó de un armario, encendió una docena de velas y apagó la luz de la lámpara del techo.

—Señorita, ha llegado justo a tiempo. Póngase cómoda y disfrute del espectáculo de magia del increíble Sebastiano.

Salió un momento y regresó ataviado con frac y chistera. Se colocó frente a mí y me hizo una reverencia. A una palmada suya, las llamas de las velas se extinguieron y de la oscuridad surgieron tres bolas multicolores que recorrieron la sala creando el efecto de cortinas de intensos colores que se desplegaron y bailaban una danza dirigida por las manos del mago. Reflejos verdes, rojos, azules y violetas giraron y se contorsionaron ante mis ojos, como un ballet de hadas invisibles.

Tras su asombrosa presentación, Sebastiano me maravilló con una representación a cargo de sus títeres parlantes y terminó entonando para mí el himno que cantan los duendes para que todo vaya bien.

Nunca he podido olvidar aquella función privada. Fue la primera, sólo para mí, para que su pequeña sobrina olvidara, al menos durante esa noche, las disputas de unos padres agobiados por las frustraciones de una vida que los ahogaba.

Después, a lo largo de los años, asistí a muchas actuaciones del increíble Sebastiano, tanto en su casa como en los teatros de la comarca. Sola o acompañada, siempre disfrutaba embelesada de unos trucos que, por más que lo intentara, nunca conseguí descubrir ni él consintió en explicarme.

—Pura y genuina magia primigenia. La misma que usaron los dioses ancestrales para crear el mundo —me susurraba al oído cuando le suplicaba que me contara sus secretos.

Podía haberse dedicado profesionalmente al mundo del espectáculo, no le faltaron proposiciones, pero rechazó todas las ofertas. Prefería vivir de su aburrido trabajo de funcionario municipal y regalar su arte mágico a quien necesitara su consuelo. Como yo.

Durante toda mi infancia, cada tarde, al acabar los deberes escolares, corría a su casa. Allí el increíble Sebastiano me esperaba con meriendas extravagantes y fantasías extraordinarias.

De mayor, la vida me alejó de él. Primero, por los estudios; después, por trabajos en destinos mediocres. Y olvidé lo que era importante de verdad, lo que el tío Sebastián me había enseñado.

Supe de su enfermedad a través de mi madre. Inmediatamente me organicé para ir a verlo, pero una serie de imprevistos y problemas retrasaron tanto mi marcha que llegué demasiado tarde.

Se había ido. Ni siquiera pude asistir a su funeral ni frenar la venta de su casa. Cuando me presenté, todo se había zanjado por orden de mi madre.

Sólo pude visitar su tumba, todavía repleta de flores y mensajes de agradecimiento por la ilusión de su magia, siempre disponible para alegrar a quien la necesitara. Me sentí mal, miserable y egoísta. Poco a poco me había distanciado de la niña que había sido. Y de él. Dejé de contestar a sus preciosas cartas de ánimo y de devolverle las llamadas que dejaba en el contestador. Le pedí perdón y le supliqué que no me abandonara nunca. Aún le necesitaba, mucho más de lo que había querido admitir ante mí misma.

Anocheció. Salí del cementerio, caminé por las calles del pueblo y, sin proponérmelo, llegué a su casa. A lo que quedaba de ella. Al constructor que la había comprado lo que le interesaba era el solar y se había dado prisa en derruirla.

Me paseé entre las ruinas y distinguí una tela que brillaba bajo unos cascotes. Tiré de ella y saqué la vieja capa negra de estrellas amarillas. Me abrigué con ella y me senté sobre los escombros de lo que calculé que había sido el salón.

Cerré los ojos y me concentré, tal como había visto hacer tantas veces al tío Sebastián. Entonces escuché una melodía tenue. La conocía muy bien: era el himno de los duendes. Abrí los ojos y, ante mí, el cielo nocturno se iluminó con ráfagas verdes, rojas, azules y violetas. Un espectáculo de cortinas de luz se extendió por todo el firmamento bailando para mí y acariciando con sus reflejos mis pensamientos sombríos.

Los periódicos, al día siguiente, informaron de la inusual tormenta solar que había provocado un despliegue de auroras boreales jamás vistas antes en nuestra latitud. Pero esa explicación no era cierta.

Sólo yo sé la verdad: que esa noche el increíble Sebastiano, desde su nuevo hogar, rodeado de los dioses primigenios, había ofrecido su última función. Para mí.

LAS MIRADAS DE LOS OTROS PLANETAS

Katalina Ramírez Aguilar

México

Cuando empezó a llover, mi abuela dijo que se caería el cielo. Nadie le hizo caso y al tercer día insistió. Seguimos sin tomarla en serio, pero a la semana ya no nos parecía tan gracioso que no parara de llover. En las noticias era lo único que se veía: la lluvia que no paraba en ningún momento en ninguna parte del mundo. Así seguimos por semanas y por meses –ya ni siquiera sé cuánto tiempo llovió–, pero mi abuela tenía razón: el cielo se cayó. No sabemos si es el fin del mundo, pero ahora estamos expuestos ante las miradas de los otros planetas, que nos ven con lástima.

EL PARADIGMA DE ABERNATHY

Román Sanz Mouta & Vate

España

¡Tres coordenadas espaciales no resultan suficientes! ¡El tiempo y el espacio son nada!

Así declamaba Angela Abernathy, la eminente profesora y doctora en astrofísica, cuando era acompañada sin sutilidades fuera de la reverenciada universidad de Miskatonic, donde alborotó el simposio de aún más eminentes colegas sobre la astronomía y el cosmos infinito.

Una f emina dudando de eruditos, por dios bendito.  En qué cabeza cabe?

Angela se march  fulminando a los guardas de seguridad con una mirada torva, despotricando contra la ignorancia de sus supuestos colegas, necios de barba y poltrona. Filósofos de pacotilla. Más temerosos de ese dios que de las leyes de la física.

 Pronto aprenderían!

La doctora Abernathy mud  su semblante sombrío por una sonrisa traviesa, echando su mano al hondo bolsillo de su gabardina. Tocando su más preciada posesión, aquella que confería verdad a todas sus teorías. Con reverencia y ternura, la dej  cual estaba y continuó su camino a casa, disfrutando del paisaje colindante, pues se mostraba plenamente consciente que sería la última vez que lo vería.

Angela llegó a su hogar, una casa victoriana de dos plantas, y se encerr  a cal y canto, bajando persianas, clausurando cortinas, parapetando puertas con muebles. Prendiendo la chimenea para que el Santa Claus de turno no pudiese irrumpir en su morada. Requería la doctora de tranquilidad despótica, y nada se interpondría entre ella y su objetivo.

Bajando al sótano, su laboratorio personal que con tantos años construyó, calz  unos guantes y la bata profesional, las gafas, incluso una mascarilla obsoleta. No es que importasen ya las precauciones, pero ella se consideraba metódica y actuaría como tal hasta su postrero aliento.

Con más mimo incluso que antes, hundió sus dedos plastificados en el bolsillo de la gabardina para sacar su tesoro. Lo sostuvo. Lo contempló con admiración. Trat  de vislumbrar sus secretos, por lo menos alguno más de los que ya conocía.

Después lo depositó sobre un portaobjetos para situarlo bajo su excelente microscopio, cuasi un telescopio, porque iban a analizar partículas similares.

Pos  su ojo sobre la lente. Magnífico. Indescriptible. Una brana. Nada más y nada menos. Aislada del entorno. Sin la compañía de esas cuerdas que tanto gusta de alterar. Una partícula comprimida hasta límites improbables pero carente de la vibración que le otorga vida, funcionalidad.

Esa devenía en la tarea de la doctora Abernathy. Ponerla en marcha, aprovechar todo

conocimiento de la supersimetría, de la supergravedad, modificando la bosónica de cuerdas y alterando cada fermión desde su mismo núcleo u origen, ajenos a las dimensiones conocidas, tiempo incluido.

Para ello, necesita regalarle vibración a la brana, ese objeto mágico carente de bondad o maldad. En cuanto pusiese a funcionar el diapasón con el que esperaba arrancar un proceso de fulminante culminación, el BigBang volvería a repetirse. Por fin. Trayendo orden y caos en equidad al universo.

Si la hubiesen escuchado en la convención, quizá, sólo quizá, su determinación podría haber sido quebrada. Ya no.

Angela cogió el diapasón, lo golpeó contra el quicio de la silla, una que había mandado fabricar con unas especificaciones muy claras y a cuyo artesano había pagado una pequeña fortuna, y comenzó a acercarlo a la brana. Y la brana resonó. Y el universo respondió la llamada. Al menos uno de ellos.

•

Angela dejó la pluma.

Resultó que llevaba razón. En todo. Simplemente erró la previsión de las consecuencias de jugar a ser Dios, carcomida y amargada por el resentimiento por toda una vida de menosprecio por parte de sus colegas. Bueno, tanto daba. Llevaba razón y punto.

Sacudió la cabeza. Apenas quedaban unos segundos preciosos para culminar la tarea que, tras comprobar con una sonrisa desquiciada lo acertado de su tesis, le urgía abordar.

Angela bien sabía que la ciencia no muestra la verdad, sino la realidad tal y como se conoce en un determinado momento, mediante una serie de acuerdos establecidos y aceptados hasta nueva refutación: un paradigma. Sin embargo, los científicos de la Universidad de Miskatonic, con sus lisos cerebros de primates, no supieron ver el fin de su era. ¡El viejo paradigma ha muerto, larga vida al nuevo Paradigma: el de Abernathy!

Este consistía en la comprobación empírica de la siguiente hipótesis: las branas son pequeños enlaces a varias dimensiones plegadas sobre sí mismas, a su vez conectadas con

otras branas que resuenan en frecuencias similares de forma infinita, y cuya vibración puede ser alterada y controlada mediante un cuidadoso proceso de extracción y modulación de la frecuencia de onda. Por tanto, una vibración determinada aplicada a una brana aislada puede originar una resonancia que se propague a través de las once dimensiones, reconecte la brana con lo que Angela llamaba la Telaraña e influya directamente en la ondulación de las branas adyacentes, como una piedra lanzada al estanque por un niño caprichoso.

Y funcionó. Nada más acercar el diapasón, cuya vibración llevaba años estudiando y perfeccionando, la brana emitió un estallido que se propagó más allá de la vieja mansión y un vórtice en miniatura comenzó a absorber todo lo que había en el laboratorio. Tan sólo una simulación de todas las realizadas contaba con el vórtice, que duraría apenas unos segundos. Diez minutos después, el obstinado vórtice se negaba a desaparecer. Angela realizó unos complicados cálculos, un par de observaciones con el telescopio de la azotea y, orgullosa, se dispuso a transcribir las últimas horas de su vida.

La conjunción alineada de varios planetas en un solo hilo de la Telaraña, resultante de la vibración de la brana, causaría la total aniquilación de toda forma de vida en el planeta Tierra. De hecho, la luna ya había iniciado un cambio de órbita. El universo conocido gimió y rechinó al permutar su centro de gravedad hacia un minúsculo punto vibratorio.

De modo que Angela dejó la pluma, selló su confesión en una caja de plomo y la lanzó al sumidero cósmico. Ella moriría, junto con todo su universo, pero su genio sería inmortal, reconocido en otras realidades. Imperecedero. Eterno.

Sonrió mientras todo explotaba.

EL ECLIPSE

Carmen Macedo Odilón

México

Tenía casi cinco años en aquel eclipse total de sol que aconteció a finales del siglo XX. No recordaba mucho de ese momento, a excepción de dos cosas. Que hubo demasiado escándalo porque un niño se había quedado ciego por mirar al cielo sin ningún tipo de protección, aunque era probable que en un principio tal chisme hubiese sido parte de una película o una leyenda urbana que se perdió en una época más discreta en comparación a la actual. ¿Quién lo sabría? Pese a que siempre se dijo que no debía verse directamente al sol durante uno de esos fenómenos astronómicos. Lo otro que no olvidé fue que alguno de mis hermanos me había acusado con mi mamá, porque según me había visto levantar la cabeza sin ninguna protección y en ese momento ella me había dado todas las nalgadas que correspondieron a mi crianza, luego nada.

Años después, pensé en que nunca supe del niño invidente de los noventa. Me convencí de que el terror colectivo no era más que una mentira del gobierno, coludido con los científicos que obtenían sus recursos de investigación por parte del Estado. Porque algo pasa durante los eclipses, pero ellos nunca han querido que seamos parte de ese momento. No al menos directamente, para guardarse el secreto de su poder.

Por eso, para el siguiente eclipse, decidí viajar con tal de estar ahí en el cenit del oscurecimiento místico que escondía más de una mentira en su negrura. O de otro modo, ¿por qué no son pocos quienes creen que es posible convertirse en nahual en un evento así? También supe que algunos animales, incluso domésticos, murieron durante fenómenos de esa clase; que las gallinas se dormían al instante por esa noche prematura y momentánea, además de que muchos pájaros se desplomaban en pleno vuelo. La cereza del pastel: que algunas personas perdían energía o a sí mismos bajo el mutismo de la oscuridad. De modo que llegué a Mazatlán, casi en el primer cuarto del siglo XXI. Evité a la prensa y a la aglomeración y fingí que tenía a

la mano unos lentes de cartón que compré en el malecón, preparado como cualquier turista.

Cerca de la escollera vi a un hombre tan solitario como yo, quien alzó los brazos al cielo como si esperara su ascensión. Luego de un «tres, dos, uno» que salió de sus labios directamente a mis oídos, el manto estelar se oscureció en el punto más álgido tras horas de prólogo y transmisión a nivel mundial. Tan singular momento hizo que casi pudiera escuchar las risas de mis hermanos ante mi atrevimiento infantil e incluso sentir las nalgadas de mi madre, quien estaría ansiosa de repetir el momento, si es que aún pudiera colocarme sobre sus rodillas para castigar mi irresponsabilidad. Entonces nada. Me aproximé al hombre sospechoso, porque estaba seguro de que él era como yo, alguien que desafiaba al sistema atraído por la verdad cubierta de negrura. Vi caer su bastón. El sujeto solitario levantó el mentón hacia el sol coloreado de sombra, mientras que parvadas despavoridas regresaban a su refugio entre las palmas por un día incompleto que se entregaba a la ambiciosa noche. La gente gritaba, lloraba, se abrazaba como si vieran el dedo de dios cubrir un hueco en el manto de su cosmos.

—¡Regrésamela, he esperado desde hace treinta y tres años, encerrado por «esos» para que no revelara nada de tu poder. Al fin soy libre y ya no hay más que puedas quitarme! —gritó el tipo, al mismo tiempo que sostenía en la mano sus lentes negros con los que disimulaba ambos globos oculares muertos tras el incidente de su infancia, del que poco se supo.

Me atreví a mirar directo al eclipse. Más que hoyo, fue un ojo dorado que perforó mi persona como castigo por ser el temerario que osó enfrentar a su creador. Después nada.

Cuando volví en mí, alguien sostenía mi mano. Ese extraño me soltó con delicadeza y, en vez de sus dedos, mi tacto recorrió una superficie larga, delgada y metálica empuñada por su mano que ahora me cedía. Supuse que el malecón se había quedado atrás.

—No te sientas mal. Eres aún joven, veintiocho años de espera no será tanto. Tienes que cuidarte para aquel entonces, «esos» calculan que la siguiente vez será el sábado 30 de marzo de 2052. Y ni te emociones, que los eclipses parciales no te servirán de nada...

La penumbra, el ardor y el encierro en las tinieblas no cesaban para mí. Inmediatamente vino el ajetreo, las voces de mis hermanos diciendo que, a mi regreso a la ciudad, mi mamá me pondría en mi lugar, así tuviera que agarrarme a andaderazos, seguido de un «ni de niño eras tan pendejo». Finalmente vino el diagnóstico acerca de lo irreversible de mi pérdida ocular. Mas para entonces yo sabía cosas, que «esos» u «otros» vendrían por mí, para custodiarme hasta el siguiente eclipse con tal de no revelar el mecanismo astronómico de castigo y perdón que sólo funcionaba cada cierto lapso, mientras que el sector más poderoso seguía trabajando para hacerse con sus efectos a voluntad. Por último, nada.

FOMENTO AL TURISMO

Génesis García

Chile

La sociedad actual, regida por un gélido sistema mercantil, ha generado una respuesta extraña. La globalización, el acceso indiscriminado al conocimiento, y la hiper exposición en redes sociales podrían hacer creer al observador superficial que la gente se sentiría más conectada que nunca a sus pares. Después de todo, parece tan fácil abrirse al mundo, conocer a personas de otras latitudes, establecer relaciones y mantener comunicación con aquellos que amamos. Pero ha resultado en todo lo contrario: la salud mental ha ido en picada y las tasas de suicidio y depresión han aumentado exponencialmente. Pareciera que lo tenemos todo y, a la vez, no tenemos nada. Nada real, al menos. Nada que nos haga sentir *completos*. En medio de esta paradoja ambulante, muchos se han volcado al pasado, buscando en sus raíces aquello que un día nos hizo humanos. El chamanismo, la astrología, las pseudociencias y la fascinación por los pueblos indígenas han aparecido como una panacea para la soledad y el vacío de este mundo apresurado y desechable. Y es ahí donde nace mi plan.

Toda esta plétora de hippies y pseudoiluminados van a hacerme rico. Los *tours* por el Valle del Elqui han aumentado varios ceros a mi cuenta bancaria y las patrañas sobre contactos extraterrestres, líneas de energía y rituales pachamámicos de dudosa legalidad me han convertido en un gurú para estos payasos. Y ahora, finalmente, tras estos años invertidos en caminatas a la luz de la luna, cánticos a la tierra y clases de “comida orgánica y vegana”, estoy a punto de ver los frutos de mi trabajo. Si todo sale bien, podré comprar un pasaje sin retorno a Tailandia, donde viviré como un rey y cogeré, comeré y beberé hasta que la cirrosis me consuma, tal como hizo con mi padre en su día.

Los eventos cósmicos atraen a hippies al valle como moscas a la mierda. Se arremolinan a mi alrededor, escuchando ávidos mis historias inventadas sobre pirámides, seres cósmicos dormidos y energías celestiales que los elevarán al Nirvana. Tengo buena imaginación, debo reconocerlo, y sé cómo aplicar lo que aprendí en esa licenciatura inútil creando historias para estos riquillos sin oficio ni beneficio. No les importa que mezcle un montón de mitología y leyendas de Egipto, India y China. A ellos no les interesa la verdad, ni la rigurosidad histórica que un día mis profesores intentaron inculcarme en la universidad. Todo lo que quieren es algo en lo que creer, una solución rápida que les dé un sentido real a sus patéticas vidas.

El universo parece haber conspirado a mi favor, porque no es algo común que una alineación planetaria coincida con un eclipse total de sol. Creo que la última vez se dio hace... ¿dos mil? ¿tres mil años? La verdad lo desconozco, no es importante. Lo realmente importante es que es un fenómeno que sólo ocurre una vez en la vida y planeo exprimirle hasta la última gota. Conseguí unos fondos del gobierno, alegando que planeaba “fomentar el turismo local”, y me agencí un montón de carpas, mantas estampadas con mandalas y marihuana a granel. Cuando llegó el día, arreé a mi recua de ignorantes hasta el fondo del valle, el punto exacto en el que les aseguré que se ubicaban las viejas pirámides construidas por algún pueblo antediluviano del que la ciencia prefiere no hablar, porque “esconden muchas verdades incómodas”, los acomodé sobre las mantas “de

seda hindú” que en realidad compré al por mayor en una aplicación china y les entregué una cantidad absurda de hierba a cada uno para que “experimentaran” el cambio y la transformación que traía el eclipse.

Sonaba genial, ¿no?

A mediodía el sol comenzó a cubrirse y en los parlantes que preparé con anticipación comenzaron a sonar un montón de tambores y cantos de indios que me ponían de los nervios, pero que los idiotas aman. Los riquillos intoxicados alzaron los ojos al cielo sin utilizar los lentes que compré para evitar demandas y comenzaron a bailar como imbéciles, meciéndose sin ritmo y gritando como animales mientras la oscuridad devoraba al mundo. Los dejé ser y alcé los ojos también (utilizando mis lentes, claro), notando que en medio de la penumbra las estrellas parecían ser visibles. Era muy extraño, pero supuse que era algo normal. Después de todo, era el primer eclipse total que veía y no sabía qué esperar. Pese a ello, supe de inmediato que algo no andaba bien cuando la luz de las estrellas se hizo cada vez más y más brillante, hasta el punto que opacaron el brillo del sol. La tierra comenzó a temblar y mis riquillos gritaron de alegría, celebrando a la Pachamama que bailaba con ellos.

Pero, apenas un segundo más tarde, sus rayos de júbilo se convirtieron en chillidos de horror cuando la tierra se abrió bajo sus pies, arrastrándolos hacia las profundidades. El miedo me mordió los talones y me empujó hacia adelante, huyendo de las grietas que se abrían como bocas hambrientas, amenazando con devorarme a mí también. Corrí como nunca antes y en cuanto llegué a la planicie, giré sobre mis talones justo a tiempo para ver el rayo de luz cegador que bajó a la tierra y alzó desde las profundidades a tres enormes pirámides que crecían y crecían, amenazando con destruir todo el valle. El mismo miedo que antes me empujó, ahora me paralizó por completo y todo lo que pude hacer fue contemplar cómo aldeas y hoteles caían por igual, convertidos en migajas por la inmensidad de las construcciones que asomaban y se alzaban cada vez más grandes y majestuosas. El ruido era atronador y espeluznante, pero todo sonido pareció desvanecerse cuando las pirámides

finalmente alcanzaron su punto máximo y un enorme ojo gris se abrió sobre la construcción principal, girándose lentamente en mi dirección.

La orina me bañó los pantalones y cuando una mano gigante se extendió hacia mí, comprendí que el viaje a Tailandia se pospondría para siempre.

EL BREBAJE DE LA TÍA LILLIAN

Rodrigo Ayala

México

Me llamo Ludwig C. Soy astrónomo y pronto formaré parte de un hecho inédito en la historia de la ciencia que domino. Mañana viajaré a lo profundo de un bosque, ubicado en una zona que no puedo revelar, para ser parte de un acontecimiento a los que pocos tendremos acceso. Cinco colegas y yo probaremos la sustancia que el escritor de relatos de horror cósmico H.P. Lovecraft solía consumir antes y durante la escritura de algunas de sus historias. La existencia de esta droga natural apenas se reveló (ni siquiera el propio S.T. Joshi sabía de ella) gracias a mi colega, el maestro Luka M., autor de ensayos científicos y estudioso de la vida y obra del escritor nativo de Providence.

Luka M. descubrió unas cartas firmadas por Lovecraft en una biblioteca de Nueva York. En ellas, Howard confiesa a su amigo Clark Ashton Smith que su tía Lillian Delora recolectó unas hierbas cercanas a su casa y con ellas preparó una bebida para saciar el hambre que acechaba a su sobrino Howard. Recordemos que este hombre vivió gran parte de su existencia en la más absoluta pobreza.

La misteriosa sustancia disparó su ya sorprendente imaginación. Howard afirma a Ashton Smith que los relatos de Randolph Carter (entre otros) fueron concebidos gracias a las visiones producidas por el brebaje de la tía Lillian.

Durante un año, Luka M. se dio a la tarea de rastrear la droga y sus componentes. Después de hallarla, se encerró dos semanas en su laboratorio para prepararla. Cuando la tuvo lista, la probó y dio a conocer los resultados en un ensayo publicado en Smithsonian

Magazine.

Cito de memoria: “El universo apareció ante mis ojos. Pero no fue sólo eso, vi lo que no podemos observar a simple vista. Mis ojos contemplaron lo que flota en silencio junto a las estrellas y más allá de ellas. Sin duda, la droga estimuló mis sentidos a tal grado que mis ojos se convirtieron en una especie de telescopio espiritual. Desde entonces, no he vuelto a dormir”.

Luka M. accedió a compartir la droga con un grupo de seis entusiastas de la obra de Lovecraft y el espacio. Todo se llevará a cabo en completo secreto. Dejo esta nota escrita para que mis allegados (y desconocidos) sepan lo último que hice en caso de que no regrese a casa. Estoy nervioso.

*

Siete individuos de mediana edad se encuentran alrededor de una fogata. Por turnos, cada uno bebe una infusión hecha con hierbas.

Antes de ello, leen en voz alta algunos relatos de H.P. Lovecraft en una edición de bolsillo propiedad de Luka M., el organizador de aquel encuentro nocturno. “Esta edición fue regalo de mi padre cuando cumplí los siete años”, afirma con orgullo.

Después de ingerir la infusión, los siete se recuestan en la hierba del bosque. El aire es templado y se escuchan algunos animales que merodean por ahí, como lechuzas y coyotes, entre otros. Los ruidos no parecen molestar en lo absoluto a los hombres, quienes lucen bastante relajados.

El primero en emitir un ruido es Ludwig C. El hombre se levanta, abre los ojos y dirige su vista al cielo estrellado. Pasados algunos minutos, alza uno de sus brazos hacia la noche. Se encuentra de pie, pero parece que flota.

*

Floto. Mis pies ya no tocan el suelo. Los árboles tienen ramas enormes que llegan hasta el cielo y se funden con las estrellas. Allí no hay millones, sino billones o trillones de estrellas, más de las que se pueden ver a simple vista en una noche lejos de las apestosas

ciudades. Mis colegas siguen recostados en el suelo. Puedo ver los universos que habitan en sus abdómenes. El corazón es un sol brillante que emite destellos verdes. Sin embargo, ellos no me interesan. Lo que realmente quiero ver es lo que hay allá arriba, en el cielo. Floto. No tengo miedo. Una dicha jamás experimentada me lleva hacia arriba. Las nubes son seres alados con colmillos que me olfatean cuando paso entre ellas. Estoy bastante alejado del suelo. Mis manos tienen protuberancias similares a tumores que sangran. Mi piel parece la de un pez. He atravesado la atmósfera. Es extraño, porque puedo respirar sin dificultad.

Cierro los ojos un momento e intento saber si este vuelo será infinito o si en algún momento regresaré bruscamente a la Tierra y moriré debido al horrible impacto. Pero ahora eso no tiene importancia. Abro los ojos y ante mí se extienden millones de planetas de diferentes tamaños, colores y texturas. En uno de ellos hay un caos que repta alrededor, como si fuera un cinturón enfermizo de anillos. De otro provienen ladridos de bestias que se comunican en un idioma que no entiendo. ¿Cómo los puedo escuchar, si en el espacio no hay ruido? Otro planeta tiene tentáculos que se mueven lentamente.

Sigo flotando. Sigo viajando. ¿Sigo siendo yo? Observo mi cuerpo: se ha convertido en algo gigante, como aquel muñeco de goma con el que jugaba de niño al que le jalaba las extremidades para crecer su tamaño. De pronto, mis ojos contemplan un cometa que se acerca hacia mí. Tiene todos los colores del universo. Es raro, porque incluso puedo olerlo. Tiene el aroma de la muerte y la podredumbre.

Lovecraft, ¿sentías lo mismo que yo cuando probabas el brebaje de la tía Lillian? Tus visiones fueron distintas a las mías, de eso estoy seguro a juzgar por tus cuentos. ¿Descubriste el planeta del que proviene el gran Cthulhu? ¿Descifraste a las asquerosas criaturas de las que habla Alhazred en su libro maldito?

El cometa ahora es un caracol gigantesco cuya concha tiene una espiral infinita que da vueltas y más vueltas. Dentro de él hay otros billones de universos más a los que voy a acceder. Siento que la fuerza de esa concha me absorbe. Me estoy desintegrando. El caracol me observa y abre sus fauces.

IDIlios PRESTADOS

Karla Arroyo

México

*Me miraste a los ojos y dijiste (sentí que con un
dejo de tristeza pueril,
tristeza de niña con idilios prestados): tú sabes de
dónde vengo yo.*

“Germánica”, Gabriela Rábago Palafox

La primera vez que te lo dije no me creíste. Te señalé un punto color turquesa muy brillante en el cielo, era mi cumpleaños número tres. Más grande, te hablé de quiénes eran tus pares allá arriba, incluso te describí con detalle cómo lucían.

Aún dudas, ¿pero recuerdas haber visto mi sangre? ¿Algún golpe, hemorragia nasal o un piquete de insecto siquiera?

La psicóloga y tú me decían que la imaginación me había llevado muy lejos; además, que hablar sola cuando se es bebé está bien, pero no a los diez años. ¿Cómo explicarte que son ellas las que se comunican conmigo? Mis madres cósmicas.

No quiero que sufras, igual quiero evitar que ellas lo hagan. Dicen que me prestaron a tu mundo porque aman a ciertos humanos. Los han estado observando siempre.

Somos varias las niñas estelares; tienen mi edad terrestre e iremos pronto a la otra casa, la que han conservado intacta en nuestra ausencia.

No llores, podemos volver si queremos. Por desgracia, el tiempo de aquí no ayuda. Tan sólo ir allá y regresar nos tomaría una vida entera. A veces cuando nos pega la nostalgia, venimos. Pero no como nos conocen, tenemos que nacer de nuevo para entrar a la Tierra. Estamos ligadas a ella de cierta forma.

¿Te acuerdas de la visita al museo cuando era muy pequeña y te dije que nací de la abuela de tu abuela? Te reíste mucho porque la mujer que señalé era famosa. Ahí había

fotos y una gran estatua, pero como se convirtió en una persona malévola no quise regresar cuando era mi turno y llegué contigo. A veces eso les pasa a los preferidos: se vuelven seres despreciables de la nada porque saben de la protección divina.

Mamá, allá arriba no hay chocolate ni fresas ni mangos, y los gatos son holográficos como fantasmas que se deslizan entre las pantallas que dividen nuestros hogares. Ustedes son afortunados, pueden tener los que quieran y acariciarlos sin la necesidad de sensores externos. Lo malo es que eres alérgica y nunca me dejaste tener uno.

Por cierto, las medicinas que me das son innecesarias. Juro por el olor de las rosas de tu jardín que los tratamientos no hacen efecto. Estoy por irme, lo que parece anemia es tan sólo mi cuerpo preparándose para la abducción.

Ayer vimos en las noticias que el campo magnético del planeta hará lo suyo ante la gran tormenta solar y traerá, para regocijo de los ojos terrestres, un arcoíris estelar en el cielo nocturno de México. ¿Sabes cada cuándo pasa en este lugar del mundo? Varía, pero puede ser al menos 50 años. La aurora resultante será la señal para que ustedes se prevengan por la intensa radiación, mientras tanto nosotras admiraremos el espectáculo de luces que reunirá a las niñas de sangre púrpura.

No me veas así, no estoy delirando. Te desafío a recordar... ¿Cuál es mi tipo sanguíneo? No busques, no encontrarás registros. De eso se encargan ellas, porque es lo primero que nos delata como visitantes.

Ven, déjame abrazarte y quedarme con tu olor en la mente. La memoria sensorial sirve para ubicar a quien amamos. Aunque parezca insignificante, es lo que nos guía para poder regresar a ustedes.

De verdad, no llores (aunque es una linda imagen que podría llevarme de ti). ¿Sabes? Allá no tenemos lágrimas: los líquidos se solidifican porque somos pesadas como rocas; nos movemos tan lento que ir de una "ciudad" a otra tomaría una vuelta a la estrella máxima de esta galaxia.

No es aburrido, sólo es diferente. No necesitamos el cuerpo como ustedes. Y aunque no podemos morir, a veces sólo por eso venimos: porque les extrañamos terriblemente.

¿Verdad que siempre lo has sabido? Algo dentro te dijo desde que me tomaste en brazos por primera vez que yo no te pertenecía. Eran ellas, susurrándote al oído.

Mamita, no podemos menstruar. Por eso nos vamos cuando se espera eso de nosotras; ya es tiempo.

Cuando la abuela decía que los bebés escogen a sus madres antes de venir a este mundo y tú no le hacías caso, yo estaba de acuerdo con ella porque las visitantes ya sabemos quiénes son familia.

Pronto la nube de colores nos llevará. En nuestro lugar, ellas, las madres celestiales, dejarán una semilla lista para que renazcamos en su descendencia mortal. Así como te lo he platicado, no vendré como tu hija sino como la hija de tu próxima hija o incluso, si así lo quieren allá afuera, como tu bisnieta. Espérame.

Te amaré cada minuto de tu vida. Cuídate mucho para que nos veamos otra vez.

Traeré un gato de allá que te hará compañía en tus últimos días y no te provocará estornudos, lo prometo. Pero guarda el secreto, porque hasta entonces se desarrollará la tecnología para albergarlos aquí.

ESTA NOCHE LA NIÑA RECLAMA ALMAS

Georgina Mexía-Amador

México

“Esta noche la Niña reclama almas”, dijo el teniente. Nunca se había equivocado. Según él, su Niña sólo se llevaba a los narcos y a nosotros nos protegía. Guardaba una imagen de bulto en una cajita que no mostraba a nadie. El teniente decía que gracias a *ella* nuestro batallón regresaba invicto de las misiones. Pero nunca fue fácil salir a la noche con zozobra. Aunque fuéramos forrados de armas, el miedo nos devoraba en la sierra.

La Niña reclamó almas precisamente esa noche, pero no sabíamos que sería distinta. El calor era insoportable. El aire, seco. Por debajo de todos los ruidos vibraba un zumbido. Tenue, lejano, pero evidente. Algunos pudieron ignorarlo pronto, pero yo noté su

persistencia. Ésa fue la primera señal.

Nos alistamos para salir a la operación nocturna: tomamos del banco de armas nuestros fusiles G3 con sus aditamentos, lanzagranadas y las ametralladoras Minimi 7.62, más el equipo balístico: casco y chaleco. Una vez más íbamos a lo desconocido. Sólo el teniente sabía los detalles de la misión. Lo único que teníamos claro era disparar a matar en cuanto recibiéramos la orden, e incluso sin ella, como ocurrió esa noche.

Salimos del cuartel en el convoy de tres Cheyennes. El silencio nos sellaba los labios. ¿Y qué tal que esta noche la Niña se equivocaba y los narcos nos chingaban a todos? Cuando eres militar sabes que un pie lo tienes en la cárcel y el otro en la tumba. Avanzamos despacio, con las luces apagadas, por un camino de terracería que serpenteaba bajo las estrellas. Nos rodeaban guamúchiles y mezquites. Pronto encontramos un camino muy angosto, entre dos peñas, y preparamos las armas. Ya antes los narcos nos habían emboscado ahí. Apuntamos las armas hacia las cimas de los peñascos, por si descubríamos a alguno de esos cabrones oculto, pero lo que vimos en su lugar nos inquietó.

La segunda señal: un resplandor violáceo cubría gran parte del cielo. Parecía una aurora boreal y comenzó a volverse más brillante y a cambiar de forma según se expandía. Era una visión hermosa, pero no dejaba de resultar extraña. Dijeron que por esas fechas habría tormentas solares y que en latitudes donde no era común ver auroras boreales sería posible divisarlas. Pero ésta no era etérea como las nubes, sino una masa más pesada. Era traslúcida, las estrellas podían verse a través de ella. ¿Fue ilusión mía o parecía moverse con nosotros, como si tuviera vida propia?

Mantuvimos la alerta. Tras contemplar aquellos colores en el cielo, una desazón profunda se apoderó de nosotros. Me orienté con la Osa Mayor y descifré que íbamos hacia el norponiente de la sierra, un rumbo muy inusual para las misiones a las que estábamos acostumbrados. Y entonces irrumpió el olor: tercera señal. No era el olor químico de los laboratorios clandestinos. Era una fetidez amarga, orgánica que, una vez aspirada, se aferraba al paladar y se convertía también en sabor.

El primer zumbido seguía ahí, como el de las alas de una abeja. Los vehículos viraron a la derecha y avanzaron por un camino asfaltado. De pronto, a lo lejos, distinguimos unos resplandores. Lo primero que pensamos fue que nos habían descubierto los enemigos. Bajamos aprisa de los vehículos, en formación. Algunos nos pusimos pecho tierra, con las armas listas, y otros se ocultaron entre los matorrales. El brillo aquel cobraba fuerza y tamaño, como si fueran luces de vehículos que se aproximaban.

De repente, nos alcanzó la primera llamarada. En lugar de impactarnos y volarnos en pedazos, como un misil, la luz corrió por encima de nuestras cabezas y fue a perderse entre los árboles. Pero no hubo explosión, sino una vibración de baja frecuencia que nos aturdió a todos por un par de segundos. ¿Qué carajos fue eso? Ya antes en la sierra habíamos visto estrellas fugaces, pero ese resplandor estaba lejos de semejarse a una. Seguimos agazapados, confundidos. No sabíamos qué hacer.

Vino un segundo ataque, más violento. La tierra se cimbró al recibir el impacto de la bola de luz, que ahora sí alcanzó a incendiar los árboles más altos. Sin esperar la orden del oficial, mis compañeros iniciaron el fuego. “¡Cúbreme, cabrón!”, gritaban. Enormes proyectiles de luz blanca surcaban el cielo en nuestra dirección y amenazaban con caernos encima. Dirigimos el volumen de fuego de nuestras ametralladoras, pero nos esquivaban. Cada vez que caían a tierra emitían ese maldito zumbido, a punto de reventarnos el cráneo.

El olor tampoco cedía. Se aferraba a nuestras gargantas. Avanzamos hacia el punto de donde parecían salir esas bolas de fuego. Aún pensábamos que era un ataque de los narcos con lanzagranadas. Pero no había esquirlas y ninguno de nosotros percibía el siseo característico de dichos proyectiles. Disparé enloquecido contra la nada y otro tanto hicieron mis compañeros, hasta que nos quedamos sin cartuchos. Ya no teníamos con qué defendernos y las malditas luces seguían amenazando con incendiarnos.

El último ataque fue terrible. El cielo se tornó anaranjado e iluminó los árboles, semejantes a zarzas en llamas. Por fin, cayó del cielo un enorme resplandor que nos cegó por instantes. La tierra aulló y se cimbró al recibir el impacto. Cerré los ojos, volé por los

aires. Me golpeé, no pude moverme. Al reaccionar, vi que mis camaradas se retorcían, gritaban, vomitaban, se cubrían los oídos porque no soportaban ese maldito zumbido. Había sangre por todas partes.

Al amanecer, recogimos a los muertos. Tres de mis paisanos fallecieron. El teniente nos apresuró a incinerar los cuerpos. “Esto nunca ocurrió, soldados”, dijo y sonrió. Sentí un vacío en el estómago: yo, que he estado cerca de la muerte tantas veces. No quiero saber qué figura guarda en esa caja que no le enseña a nadie. Después de unos instantes de silencio, apuntó al cielo con sus ojos grises y añadió: “Les dije que anoche la Niña reclamaba almas”.

POLVO ESTELAR

A. J. Roque

México

Siempre habían estado ahí, vigilantes, taciturnos, enigmáticos. Hay gente que dice que, si escuchas con mucha atención, podrás percibir los frágiles murmullos que emiten entre ellos. La verdad es que a estas alturas ya no podría decirte qué es verdad o qué es mentira dentro de todas las historias que los rodean. Sólo sé que han vivido siempre en el mismo lugar; estuvieron cuando nuestros ancestros habitaron el gran *teocalli* de Cuauhtlán, sí, esas ruinas que están camino al cerro, y, seguramente, seguirán en su papel de guardias cuando nosotros ya no pisemos más esta tierra.

¿Que cómo llegaron ahí? Nadie lo sabe con certeza. Los viejos dicen que hace varios siglos, cuando las ruinas eran majestuosas y estaban decoradas con vistosos murales, un sacerdote observó «algo como espiga de fuego» en el firmamento. Aquel fenómeno, tal vez un cometa, fue tomado como un mal presagio por el vidente: un anuncio de la desaparición del imperio. El gobernante se mostró incrédulo ante tal predicción. Después de esa noche, notaron que aquel cuerpo astronómico había dejado trozos de la nívea piedra adularia tras de sí, justo en donde ahora se encuentran las enigmáticas jacarandas.

Se cuenta que poco tiempo después del suceso, la población se fue mermando al grado de no dejar pista alguna de su extinción. Por el contrario, los árboles crecían y se desarrollaban con suma rapidez y sus floraciones eran copiosas y radiantes.

Estas son teorías en las que yo no creía en absoluto. Sin embargo, todo en la aldea ha cambiado desde hace unas semanas. ¿Lo has notado? Todo empezó la noche que anunciaron en la televisión que sería posible ver las auroras boreales en algunas regiones del país. Entre ellas, la nuestra.

Recuerdo que todos nos arremolinamos cerca de las jacarandas. Colores fulgurantes saturaron el cielo y bañaron los follajes de los violáceos árboles, olores dulces surgieron de las perlas malvas que colgaban de las ramas y las blanquecinas adularias brillaron como polvo de estrellas desperdigado sobre el suelo. Fue realmente una escena extraordinaria llena de magia.

Al otro día, como todas las tardes al salir de la escuela, varios de los compañeros del colegio nos fuimos a refugiarnos del sol bajo el tímido abrazo de las sombras de las ramificaciones arbóreas que el día anterior nos habían ofrecido un espectáculo cósmico maravilloso. Observamos cómo las flores caían vestidas de purpurina en una danza acompañada del apacible viento. Una cascada de pétalos violetas salpicó a Marcos, el hijo de don Herminio, el tendero. Luego, las pringas moradas llegaron a cada uno de nosotros. Fue un momento divertido. No obstante, a los pocos días, me llegó la noticia de que el cuerpo de Marcos había sido encontrado suspendido de aquel árbol de gruesas ramas. Unos dicen que se volvió loco; otros, que tenía alucinaciones a causa de alguna mala energía o envidia. Le siguieron Mario, Luisa, Marifer (la que vive por el centro de salud), Emilio, mi vecino... El pueblo se ha vuelto un cántico lúgubre que cada tarde anuncia con tres campanadas de la iglesia que otro de nosotros ha sucumbido en las entrañas de las arboledas. Los sollozos de las familias saturan el ambiente. La incertidumbre ante quién será el siguiente carcome y consume el alma de quienes nos rodean.

Ha sido una epidemia que está por arrasar con todos los jóvenes que solíamos encontrar un espacio entre los misteriosos árboles. Sí, en efecto, ese es el árbol donde

encontraron a Lisa. La gente decía que le había dado la enfermedad de las grandes ciudades, esa en la que estás demasiado triste y decaído. Quienes hallaron su cadáver dicen que tenía ya las pupilas acuosas y blancuzcas; sobre su rostro fibras violáceas y oscuras se dibujaban como si desde su interior se ramificara un árbol. Tenía la mirada clavada en la nada, en el vacío. Muñones regaban con líquido escarlata las corpulentas raíces.

¿Que ya te te quieres ir? No te asustes, no tengas miedo.

Dicen que el bosque los llamó. No lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que, luego de que las tiernas flores te acarician, día y noche algo te persigue, juega contigo. Durante el día se vuelve tu sombra y sigue cada uno de tus pasos, como si se escondiera detrás de cada árbol, cada columna, cada puerta... De noche, devora tus sueños al grado de que es imposible dormir. ¡Lo consume todo! Las persecuciones son tan horribles que las ganas de vivir desaparecen, se anulan.

Tal vez los rumores de la gente sean ciertos y los que nos volvemos locos preferimos volar entre los árboles. Ayúdame a lanzar la cuerda, que está pesada. ¿Que no quieres? No llores, pronto este también será tu hogar...

LUNA DE SANGRE

Susana Torres Cabeza

España

Lágrimas calientes mojaban mi cara. El eclipse había traído oscuridad, pero también tormenta; una lluvia fina pero constante. Las malditas gotas escocían al pasar por las heridas. Mala suerte, ¿o quién sabe? Dicen que la luna nos ata a la cordura. Quizá su ausencia libere algo o tal vez, simplemente, se dio cuenta de que algo en mí se desbordaba. Él, que siempre se dormía en el sofá, esa noche no. Esa vez se quedó despierto. *Maldito*. A pesar de la sorpresa que le di, me llenó la cara de arañazos. La sangre era fácil de limpiar, pero los arañazos se quedaban. A veces para siempre.

Cloc,cloc,cloc.

Una cuchillada, dos, tres...

Agujas ardientes seguían cayendo desde un cielo tan negro como mi futuro. Una noche sin luz, una noche de sangre. Ni luna ni estrellas, sólo gotas que resbalaban por mis brazos erosionando mi seguridad. Qué fácil me había parecido en mi imaginación cavar una tumba, pero la realidad era distinta. Siempre era distinta. Como la luz de la luna o como el amor: un engaño.

Empujaba la pala con fuerza, pero la tierra mojada se rebelaba. Ríos de barro y dolor cubrían mi intento de perforar una fosa. Los brazos me dolían. La tierra se esforzaba por ponerme de rodillas. Como hacía él. “Esta es mi casa y harás lo que yo te diga”.

Cloc,cloc,cloc.

Cuatro, cinco, seis...

Paré un momento y lo miré. La poca luz de la linterna apenas iluminaba y el fulgor rojizo del cielo se reflejaba sobre los restos de su cara. Rojo sobre rojo. Sangre de luna sobre una herida todavía demasiado abierta. *No debería haberme llevado al límite*, pensé mientras traspasaba el umbral de la locura y me entregaba a ella.

Tiré la pala y dejé su cadáver a medio cubrir. Ya todo me daba igual.

Que se lo llevara la tormenta o los demonios; que se pudriera.

La oscuridad me rodeó y me sentí cómoda. Era sólo mía. No quería volver a reflejar la luz de nadie.

Cloc,cloc,cloc.

Siete, ocho, nueve...

Me senté en una piedra a horcajadas y me puse a reír. Al principio flojo, luego a carcajadas. Abrí la boca y dejé que la lluvia entrara. Como entraba él cada noche. A la fuerza. Como entraban sus amigos cuando venían juntos y borrachos. Sin oponer resistencia. *Mejor violada que muerta*. Al menos la lluvia olía bien.

Cloc,cloc,cloc.

Diez,once,doce...

Ya sonaban las sirenas. Ya venían. Por él sí que venían. *Cabrones*. Los protectores. Los salvadores. Una única luz entre toda aquella oscuridad. Qué ironía. *¿Donde estaban cuando me pegaba?*

Miré los charcos alrededor del cuerpo. Su cadáver flotaba en medio del barro y la mierda. Y me gustaba. Tenía cierta belleza.

Ojalá se pudra. Ojalá la luz nunca llegue, pedí.

Pero no había luna a la que rezar. El eclipse se lo había llevado todo.

Cloc,cloc,cloc.

Trece,catorce,quince.

Quince cuchilladas, que fueron pocas.

Quince arañazos en mi cara, que todavía escuecen.

Amanecía. La oscuridad se acababa.

Ya venían.

NUTARYUK*

Dafne Romero

México

La primera nevada lo silencia todo. En los bosques y en los parques nacionales los animales salvajes se recogen: las ranas, los osos y las ardillas preparan minuciosamente un refugio seguro, engordan o acumulan el suficiente alimento para sobrevivir durante el largo período de letargo. Los patos y los gansos han migrado semanas antes. El tiempo no se detiene, se pausa.

Levantó la nariz y olfateó el ambiente. Esa fue la señal de que se acababa el tiempo. Sabía que sus huellas quedarían impresas sobre la alfombra naciente, con suerte la tormenta no tardaría en borrar su paso. Resopló por el esfuerzo. Tensó la mandíbula y sintió la sangre tibia escurrir. Era consciente de que el alimento escasearía pronto, había corrido con suerte. Si la temperatura permanece estable, la

nevisca actuará como aislante y podrá llegar.

En la ciudad enmudece el trinar de los pájaros, el maullido de los gatos y el ladrido de los perros. Ella sale a caminar con la carriola, será el último paseo antes de resguardarse de las tormentas. Sus ventanas permanecerán cerradas durante meses, no aceptará visitas ni invitaciones. Camina hacia el parque fantasma frente a su casa, indicaciones del médico para ella luego de la llegada de ese ser tan esperado. Llega y se sienta en un columpio, saca el teléfono, se olvida de la carriola.

Hace días que no se topa con las marmotas. Las tórtolas y los cuervos duermen en sus nidos o han alcanzado a los patos en su migración. Se detiene a observar a una ardilla solitaria, la mira correr hacia su refugio e instintivamente saliva; las tripas le reclaman. De nuevo tensa la mandíbula y escucha los huesecillos crujir. Debe continuar y llegar a su propia guarida.

Si la temperatura continúa en descenso, las calles se tornarán resbaladizas, evitará el exterior. No se arriesgará a tener un accidente automovilístico, una fractura de cadera o el congelamiento de las extremidades. Mira a su alrededor, se siente vacía y abandonada como los parques y las calles. Con la mirada perdida observa el polvo blanco acumularse lento sobre los toboganes, las ramas de los árboles, los techos de las casas, los semáforos. Los hospitales y las líneas telefónicas de crisis son su último recurso, porque no quiere medicarse como la última vez.

Interrumpe su andar un momento y admira la siniestra belleza a su alrededor. Camina con sigilo porque sabe que si le descubren su vida correrá peligro. Si la tormenta amaina, probablemente sus pasos no se borren y podrán rastrearle. A buen ritmo llegará a su destino. Ya se recogerá como las marmotas o las personas. Lo único que le inquieta es la sangre que gotea copiosa. No desea alertar a nadie.

El sol permanece detrás de un manto gris claro y el suelo se tapiza de blanco. Si la nieve es ligera, los copos caen como en llanto quedo; su llanto frente a la taza de café frío. Si la temperatura y la presión varían, entonces la nieve, que no puede ser ni lluvia ni granizo, cae con más fuerza y se le puede escuchar. Es un tac, tac, tac seco, apenas

perceptible, así como el suyo cuando logra dormir a ese ser que parece rechazarla.

A veces la nieve se le mete a los ojos y en estas condiciones cualquier distracción es fatal. Conforme avanza, los copos son más grandes y densos. Sus pasos son mudos. Ya falta poco.

Cada año la nieve fresca se pronostica con radares e historial estadístico, pero para quienes han nacido aquí esto no es necesario porque los cambios se adivinan en la presión atmosférica que trae nubes, viento cortante, árboles desnudos, frío que se cuela por los huesos. Ella no entiende cómo es que nunca ha podido acostumbrarse.

El cansancio le invade y las manchas rojas en la alfombra blanca pondrán sobre aviso a los demás. Le recorre un sopor frío que desarma. Sabe que no es momento de cazar, pero no ha tenido otra opción. Ahora debe sacar fuerzas de los antepasados, quienes aprendieron a dominar su entorno, a conquistar el clima. Continúa su andar más pesado, más rojo.

La primera nevada no siempre coincide con el solsticio, pero sí alerta de noches largas, días cortos; todo y todos se aletargan en preparación para las bajas temperaturas. Su talante también ha cambiado: hace días que sólo viste de negro, ha dejado de sonreír, se ha vuelto taciturna, cada vez más ensimismada, melancólica.

Espera llegar antes de que oscurezca. Agudiza el oído para evitar el sendero con actividad, olisquea el ambiente para no perder el rumbo. Sabe que se cansará más rápido y podrían seguirle, alcanzarle, hacerle pagar lo que ha hecho. No obstante, hasta ahora ha logrado pasar desapercibida.

En su casa no logra encontrar la dicha en su nueva maternidad. El sol desapareció con sus ganas de vivir. Ella es un zombi que cumple con la rutina para no alarmar a su pareja o a los servicios sociales. A pesar del cansancio y el llanto constante, allí está: con esfuerzo sobrehumano ha salido a respirar aire fresco con el bebé.

A pesar del agotamiento, llega a su refugio bajo un sauce. Se abre paso entre la nieve, la composta hecha de hojas muertas y la poca tierra suelta que no se ha congelado aún. Dentro se yerguen seis pares de ojos. Le miran fijamente y anuncian

su hambre con movimientos lentos, chillidos agudos. Ya puede soltar a su presa: su progenie tendrá qué comer.

En el parque fantasma se ha perdido de manera indefinida en el celular, su único compañero estos días; se ha sumergido en la infinidad de las redes sociales, en la felicidad artificial de los demás. Aburrida se retira los audífonos, se acerca a la carriola y suelta desgarradores llamados desesperados: su cría no está. A unos metros la nieve comienza a ocultar un camino de gotas rojas.

*En idioma inuit significa “nieve fresca”.

DANZA ESTELAR

Ene Santañez

México

El sonido de una pequeña campana marca la hora. Decenas de rostros femeninos se alejan de recipientes humeantes, varios pares de manos zambullen las cazuelas de barro en el cuerpo de agua. La mezcla de hierbas quemadas queda impregnada en sus pulmones, pueden percibir el hormigueo en sus vasos sanguíneos. Se apresuran recordando las palabras de la anciana: una lluvia de estrellas en esa fecha exacta no se presentaría en largo tiempo. Si el rito era perfecto, la distribución astral y la energía cósmica les permitirían penetrar en los secretos del universo y obtener poderes más allá de su imaginación.

Los cuerpos ocupan su lugar alrededor del lago, sacudiéndose con el frío de la madrugada y la incertidumbre, con rasposas túnicas bordadas adheridas a sus pieles gracias al ungüento espeso que cubre sus extremidades y torso. Las miradas se vuelven hacia arriba. Extienden los brazos y cantan en cuanto aparecen las primeras líneas luminosas en el cielo. La ejecución de los pasos y el ritmo de la melodía se vuelven más complejos y frenéticos, imitando la velocidad de las estrellas que caen. Las cabezas se

menean e inclinan, las manos se unen por instantes, las faldas se agitan con el desplazamiento. El proceso requiere precisión absoluta.

Orquídea ahoga un grito cuando sus pies descalzos se elevan sobre la tierra húmeda. En ese momento comprende las historias que Dalia le confesó, en aquella fiesta, sobre encuentros secretos en el bosque y vuelos a la luz de la luna. Se unió al grupo por curiosidad, con la intención de averiguar de dónde salían esas supersticiones y cómo influían en la conducta de las personas. Durante esos meses logró encontrar una explicación científica para todo lo que se presentaba como místico, pero las pláticas sobre el ritual de aquella noche la intrigaron lo suficiente para postergar sus planes de abandonar todo.

En minutos, las figuras bailan sobre las ramas de los árboles, asustando a los animales durmientes. La distancia se incrementa, la vegetación se vuelve diminuta, la fricción con el viento es aguda. Las danzantes ascienden en la oscuridad, ondulan los brazos y se esfuerzan por aguantar la respiración. Tratan de evadir los estragos de la presión atmosférica con ayuda de sustancias aplicadas, comidas e inhaladas durante los preparativos. Es vital no romper el círculo antes de completar la transformación. Se cubren los ojos con las palmas de las manos y recitan un encantamiento. La visión borrosa de Orquídea se estabiliza. Frente a ella están Dalia, Iris y Clavel, con expresiones serenas, sincronizadas a la perfección, iluminadas con el resplandor de las llamas que cubren sus túnicas. Mira sus propios brazos, su combustión comienza con un calor envolvente. Continúa elevándose, ve de cerca los pedazos de cometa que la rodean. Exhala, abraza sus rodillas y se encorva; se comprime, adquiere una estructura rocosa y redonda.

La formación se disuelve y las bolas de fuego se dispersan en todas direcciones. Los puntos amarillos vuelan paralelos a las luces blancas. Orquídea viaja por el cielo nocturno, encantada e incrédula a la vez. Cree que está alucinando, pero disfruta emulando la trayectoria del espectáculo celeste. Debe aprovechar esos preciosos minutos antes de continuar con el siguiente paso del ritual. Terminado el plazo establecido para la danza, cuando se dispone a buscar al grupo, algo la obliga a retroceder. Intenta liberarse. Un tirón

violento la lleva al mismo sitio. Empieza a girar. El cuerpo y la voluntad se sienten ajenos, como si estuviera atorada en un juego mecánico descarrilado. Nota que sus hermanas también están atrapadas en ese ciclo, incapaces de controlar su rumbo. La fuerza implacable se intensifica a la par de la lluvia de estrellas. Una bola de fuego brilla más que las otras. Entre la estela de movimientos alcanza a ver facciones humanas emergiendo entre la roca. Se le estruja el corazón cuando reconoce a Iris, con una mueca que revela un alarido imposible de escuchar debido a la presión dolorosa que bloquea sus oídos. Cae en la cuenta de que desconoce el nombre verdadero de aquella jovencita mientras observa, con impotencia, que cada parte de su ser se desprende y fragmenta. El resplandor se torna enceguecedor y, así como empezó, se extingue. Lo que queda son chispas que flotan y se pierden. Horrorizada, Orquídea trata concentrarse lo más posible, de resistir y rogar a cualquier entidad de la naturaleza que esté dispuesta a salvarla.

Una vuelta, tras otra, tras otra, tras otra...

No sabe cuánto tiempo ha pasado volando en círculos, sus sentidos están dominados por la distorsión. Con debilidad, se pregunta qué salió mal. Sería el estornudo de Clavel durante una oración o cuando Iris brincó hacia la derecha y el resto saltó al lado contrario. La culpable podría ser ella tras pronunciar mal una palabra en latín, error al que su escepticismo no dio importancia. ¿Qué más da? Le parece recordar que presencié varias bolas de fuego hermanas desintegrándose. Su vista reseca y encandilada no encuentra a Dalia. Ni siquiera tiene certeza de si aún vive o es un espíritu condenado a girar eternamente. Tarda en advertir que se mueve alrededor del lago donde todo comenzó, que ya retornó a su forma humana, pero que sigue levitando. Lo único que desea con desesperación es descansar, arrojarse a la tierra y volver a experimentar la quietud. El resplandor en sus brazos ya no le espanta. Las partículas de piel chamuscada que se desprenden de sus dedos le dan la esperanza de unirse con el bosque. Echa un vistazo final al panorama y se deja llevar por una corriente de aire. Los últimos pedazos de su conciencia caen en línea recta sobre el agua cuando cesa la precipitación estelar.

EL ADVIENTO DE LA HIJA DE LA LUNA

Roberto Carlos Garnica Castro

México

El Salón de la Luna Llena se ubicaba en lo más inhóspito de la caverna y sólo se ocupaba para conmemorar la Concepción de la Redentora. Todo era pálida oscuridad, a excepción de un candelabro de nueve brazos que reposaba a ras del suelo. Junto a la fuente de luz había un viejo libro y, frente a él, conversaban en flor de loto una anciana y una niña.

—Tengo miedo, abuelita.

—Yo también tuve miedo, mi niña, pero ya verás que la oscuridad reconforta y la verdad orienta.

La Abuela colocó el Gran Libro sobre sus rodillas y empezó a leer en voz alta:

—“Era, de acuerdo con el calendario de los otros hombres, 7 de diciembre de 2027 y, en el corazón de Papantla, cuna de Nuestra Hermana Vainilla, se celebraba el Día del Niño Perdido. Por ello, la entrada de las casas y la orilla de las banquetas se iluminaban con hileras de velas de cera virgen”.

—¿Qué son banquetas, abuelita? ¿Qué niño se perdió?

—En realidad se trata de cosas difíciles de explicar, mi niña, porque pertenecen a otro mundo. Pero me contó mi abuela, y a ella su abuela, que los hombres de aquellos tiempos cubrieron a la Madre con una costra dura para que unas máquinas de hierro corrieran sobre ella. Las banquetas eran como montículos para que caminara la gente sin ser aplastada por aquellos autómatas.

—¿Y ese día se perdió un niño, abuelita?

—No, mi niña. El Niño Perdido era una costumbre de la región en la que, para rememorar aquella vez en la que el pequeño Jesús se perdió en el templo, las familias hacían caminitos de luz para que el Hijo del Hombre regresara a casa.

Después de un breve silencio, la Abuela retomó la lectura:

—“A las 7 de la noche hubo un apagón en la ciudad y, más que desazón o temor, el

pueblo totonaco quedó cautivado por los miles de lucecitas amarillas que bailaban en la tierra y los millones de puntos blanquiazules que titilaban en el cielo”.

—¿Cómo que apagón, abuelita?

—Has de saber, nietecita mía, que aquellos hombres tenían el poder para generar luz artificial. De esa manera, aunque fuera de noche, las casas y las calles permanecían iluminadas. Sin embargo, a veces ese poder fallaba y perdían su luz falsa. A eso llamaban apagón.

La niña contempló extasiada las lenguas rojizas del candelabro e imaginó que para aquellos hombres el mundo se había convertido en una caverna rebotante de luciérnagas.

Igual que yo hace casi un centenar de años: su alma está inquieta y gozosa por la revelación de estos secretos, se dijo la Abuela y continuó con el Libro:

—“La mística visión duró poco, pues, de manera inesperada, Kiwichat y Kiwíngolo desvanecieron con su frío aliento las luces de la tierra, y Atzín y el poderoso Tajín cubrieron con un gris manto el techo del mundo”.

—Abuelita, ¿es cierto que los otros hombres no respetaban a los dueños del monte ni a los dioses?

—Al parecer no creían en ellos y, en todo caso, no los escuchaban.

—¡Sigue leyendo, abuelita!

—“En medio de la ingrátida oscuridad todos los vivientes empezaron a sentir como si sobre ellos cayeran bolitas de seda, y cuando esas cositas aterrizaran sobre una parte desnuda del cuerpo herían como agujas de hielo y siempre dejaban una marca húmeda”.

—No entiendo, abuelita.

—Ocurrió algo que, en aquellos días, nadie pudo explicar: empezó a nevar en el Totonacapan.

—¡Pobrecitos! Imagino que tuvieron mucho miedo.

—¡Estaban aterrados! Y el viento aullaba como lobo herido. Culparon a los dioses. No entendían si se trataba de un castigo o de un capricho, pero sólo era la consecuencia natural de su irresponsable proceder de los últimos siglos —sentenció la sacerdotisa y

siguió leyendo:—. “Tanta oscuridad hizo creer a los vivientes que se habían quedado ciegos, pero, de manera inesperada, el cielo se despejó para mostrar una gigantesca luna azul. El portento fue más terrorífico porque minutos antes, en conformidad con su milenario caminar, Papá lucía su faceta negra”.

—¡Papá estaba embarazada!

—Así es, mi niña. Después de incontables eras, aquel diciembre no nacería del sol un salvador de los hombres sino de la luna una redentora de la vida.

—Larga vida a Papá y a la Mujer —la niña recitó con fervor la fórmula sagrada.

Y la Abuela concluyó la Lectura:

—“Cuando regresó la luz falsa, y después de haber padecido hace unas semanas el día más caluroso de la historia, los animales y las plantas reconocieron con alegría y los seres humanos con terror, que ahora las cosas serían muy diferentes”.

—Abuelita, ¿ese fue el final?

—No, nietecita mía, fue el inicio —sentenció la Abuela y, después de sellar con un círculo azul la frente de la nueva sacerdotisa, expiró.

DÍAS EXTRAÑOS

Adriana Carrión-Carlson

México-EE.UU.

Escogí las fechas que pronosticó la agencia espacial local con la mayor actividad de destellos y meteoros visuales por hora para pasar la noche a cielo abierto. Al terminar el segundo turno donde trabajaba desde hace quince años, me dirigí hacia el norte por una carretera angosta de terracería. Puede que fuera el lugar más seco de todo el planeta o el lugar más desnudo que sólo ha tenido crestas como el lomo puntiagudo de un dinosaurio, pero este sitio logró embriagar mi alma a través de las pupilas y oídos. Aún tenía mucho por descubrir para compartirlo con mis hijos, sobre todo aquello que brillaba con intensidad en el cielo.

A la mitad del viaje tenía que pasar por el mismo pueblo tranquilo donde veía a algunas mujeres tejiendo chales con agujas de cactus, sentadas junto al corral donde las llamas masticaban la hierba. Los otros habitantes parecían dormir la siesta. Así era en el desierto: casi nada se movía, a excepción de la danza de algunas turbinas eólicas y la sombra en movimiento de mi *pickup* sobre la tierra.

Antes de cada lluvia de estrellas, las sombras crecidas del atardecer se posesionaban del espacio circundante. El trayecto duraba tres horas y se hacía de noche muy pronto. Pese al largo recorrido, el reacomodo de las piedras bajo las llantas de mi vehículo era relajante. Mientras me adentraba en el terreno ponía atención en su contorno y sus colores: del cobre al rosa pálido hasta a un gris ceniza, donde se encontraba la línea del horizonte. Tenía la costumbre de bajar las ventanas para sentir el aire frío del desierto. Aprovechar el permiso de viajar hasta ahí con mis niños una vez por mes fue la única cosa en mi vida que superaba el placer solitario de apreciar la vastedad del cielo nocturno despejado. En cuanto comencé a observar lo que había allá arriba, fue difícil contener la necesidad de pasar varias horas en la intemperie, montado en el techo de la *pickup*, con un zarape encima, apuntando hacia las alturas con la ayuda del telescopio familiar y un mapa estelar.

Mi fascinación comenzó cuando a través del equipo pude ver algunas estrellas fugaces que la luna no alcanzaba a bloquear. Durante la noche y antes del amanecer, me esperaba hasta que salieran las estrellas. Lo entendía como un fenómeno especial a partir de la sincronización de la luz, el humo espacial y la rotación de la tierra. Ese momento era mucho más impactante cuando me tocaba verlas aparecer en lo alto, mientras iba saliendo tarde del trabajo en la madrugada de una noche de invierno. Después de mucha práctica logré ver los restos de un cometa espacial y las explosiones de luz y color que son las Perseidas. Quedé embelesado ante la perfección del manto oscuro mientras lo cruzaba un halo de luz muy cegador. No había nada más extraño y hermoso que la cascada de luces resultante de las rocas que se desprendían de la cola de un asteroide y, de inmediato, colisionaban con la órbita terrestre.

Durante la última fecha elegida hubo una ráfaga de calor silbante que rompió con el silencio de la noche, mientras yo trataba de ubicar a las Gemínidas dentro de toda la actividad en el cielo invernal. Escuché un estruendo que parecía venir desde una tormenta cercana, y que extendía líneas de humo púrpura a lo largo del horizonte sobre la vasta cadena montañosa. Fue una noche perfecta, cercana a la luna llena. Tenía el cuello adormecido de tanto estirarme para observar a las estrellas caer. De pronto, sentí mi *pickup* vibrar sobre la tierra firme. El cielo se transformó en un manto color púrpura turbio que dio paso a un despliegue de diamantes celestes asombrosos.

Al poco rato sonó la alarma de mi reloj y guardé la envoltura que protegía mi lonche. Me entristecía pensar en mi regreso al cielo confuso de la ciudad, pero al día siguiente tendría que plantarme frente a Magda, al otro lado de la enorme mesa de cristal. Era la última negociación que sellaría la firma de los papeles que ella tanto demandó y que yo no había logrado demorar más. El mundo desaparecía en la maraña administrativa que amenazaba con imponer una frecuencia distinta a la acostumbrada para compartir el cielo, y su capa brillante, con mis hijos: Maggie y Esteban.

Frente al volante encendí otro *Sencillo* negro y miré el camino por el retrovisor. Se iba levantando una nube roja que no se disipaba con facilidad. Estaba tarareando una canción de rock que me recordaba a mi otro yo, cuando todo iba bien. Entonces se me ocurrió que, yendo solo en mi *pickup* verde por la ruta 24, nadie podría verme a esa hora, ni tampoco podrían decirle a Magda que me cansé de la discusión sin sentido, porque sólo en este espacio puedo ser el mejor padre del mundo. Me inundó los pulmones un aire potente, aceleré y nunca pisé el freno en cuando sentí que me había salido del camino. Atravesé el manto celeste como un proyectil impresionante, casi tan poderoso como si estuviera hecho de material cometario.

LA ETERNIDAD ENTRE TUS DEDOS

Citlalli Mejía Almonte

México

Es por todos sabido que el universo tangible no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Nosotros somos parte de un pueblo de átomos de Carbono que se formó hace más, mucho más, de cuatro mil quinientos millones de años. Nacimos en el corazón de la gigante estrella masiva que habitaba no lejos de los confines de la nube de gas y polvo ahora llamada Vía Láctea. Surgimos a partir de aquel material difuso que se remonta al origen mismo del universo, en aquel punto denso donde la fuerza de gravedad alternó dominancias con la presión interna del movimiento de las moléculas del polvo cósmico. La contracción gravitacional proporcionó la energía necesaria para nuestro nacimiento y, al nacer, generamos luz en la estrella. La temperatura llegó a ser tan alta, mucho más alta que la del infierno más horrible, que en su núcleo nuestros hermanos empezaron a dar origen a elementos más pesados que nosotros. La estrella se volvía cada vez más pesada y a la vez más compacta. Se volvió tan densa que no soportó su propio peso y explotó. Agonizó violentamente y nos liberó al espacio circundante. Su explosión generó un brillo magnífico, más fuerte que ningún otro brillo, y una fuerza que nos aventó a la Vía Láctea. Aquí nos mezclamos con el material de esta otra región sideral, donde la misma lucha de fuerzas que nos ha dado forma a nosotros, y a todo lo que hay en el espacio desde el principio de los tiempos, estaba dando origen a otra estrella, una más pequeña: el Sol. Parte de nuestro pueblo fue arrastrado por la gravedad a esa condensación y terminó siendo constituyente de ella. Pero a nosotros la fuerza centrífuga de ese vórtex energético nos empujó a una región cercana, fuera del Sol. Llegamos a formar un cuerpecito humilde y sin luz propia: la Tierra. Somos más viejos que el Sol que nos ilumina y la Tierra que constituimos y habitamos.

En aquella época, en el eón Hádico, todos los elementos nos autoorganizábamos para conformar la Tierra de acuerdo con los mismos principios que seguíamos y que seguían

nuestros progenitores en nuestra estrella madre. La omnipresente y regidora gravedad, sí, la misma fuerza que hizo posible que nacióramos, ahora, en este pedacito de material estelar en el que nos encontrábamos, sólo pudo hacer que los pesados miembros de la cohorte del Hierro se asentaran en el núcleo y que los elementos más ligeros, como nosotros, nos instaláramos en la superficie y formáramos la corteza terrestre y la atmósfera. Estábamos muy emocionados por haber llegado a esta pequeña y cuasi insignificante roca suspendida en el cosmos, y tan ajetreados aprendiendo a organizarnos, que generábamos un leve tufo de calor un tanto nefasto en el que ninguna organización compleja era posible. Fuera de la Tierra también parecía haber una agitación muy importante, probablemente producto de la explosión que nos trajo aquí. Nos golpeaban asteroides y cometas. Todavía recordamos cuando Theia golpeó fuertemente a nuestra Tierra y nos arrancó a la Luna.

Mucho tiempo pasamos desordenados y agitados, pero quinientos millones de años después, en el eón Arcaico, logramos un grado de organización tal que nos tranquilizamos y la temperatura de nuestra sociedad elemental disminuyó. Ya habíamos creado las placas continentales, los ríos y los océanos. Empezamos a danzar coreografías nuevas. Descubrimos que no sólo podíamos asociarnos con los de nuestra especie, sino también con elementos diferentes. La alianza que tuvimos con los elementos de Hidrógeno, Oxígeno, Fósforo y Nitrógeno fue particularmente divertida y productiva. Descubrimos que podíamos hacer cadenas con una característica muy curiosa: teníamos cierta aversión por las pequeñas uniones de dos átomos de Hidrógeno con uno de Oxígeno denominadas Agua. Eso nos permitía, entre las Aguas, tener una organización de orden superior. Nos apilamos multidimensionalmente para formar bicapas y plegarnos en forma de burbujas cerradas que definen un adentro y un afuera. Dentro, conformamos mecanismos lumínicos y químicos capaces de autoreproducirse, variarse y evolucionarse, diferenciarse y asociarse en entidades de un orden todavía superior. Experimentar formas y combinaciones infinitas por los siglos de los siglos.

No podemos contar los innumerables destinos que nuestro pueblo ha tenido en los eones que han pasado desde entonces, sólo esbozar los caminos mediante los que esta cohorte convergió en este instante.

Hace más o menos cuatrocientos millones de años, en el período Silúrico de la era Paleozoica, nos encontrábamos formando parte de una población de verdes y graciosas máquinas fotoquímicas microscópicas que se autorreproducían y flotaban alegres por un río. Repentinamente, estas entidades se enfrentaron a una fatal falla en sus sistemas homeostáticos: se rompieron. El recuerdo es farragoso. Algo nos arrastró al fondo del río y nos quedamos atrapados en los diminutos poros de las rocas. Sobre nosotros caían partículas que sufrieron el mismo destino. Sobre estas partículas otras partículas. Y sobre esas partículas otras partículas. El proceso debió repetirse una y otra y otra vez. Millones de millones de veces. Y la presión sobre nosotros creció y creció hasta que nos obligó a reconfigurarnos nuevamente. Perdimos los lazos que nos unían a Hidrógeno, Nitrógeno y Fósforo. Nos cristalizamos como láminas de hexágonos sobre láminas de hexágonos. Y por otros cuatrocientos millones de años quedamos ocultos bajo tierra como hermosas películas de Carbono puro, negras como la más profunda oscuridad.

Otras asociaciones no tuvieron el mismo destino. Los otros de nuestra especie siguieron danzando la danza de la vida. Hasta que hace apenas un instante llegaron a descubrir una forma muy extraña de acomodarse en el espacio-tiempo. Organizaciones atómicas como tú, que nos tienes en tu mano. Las formas de los reconfiguradores conscientes de la materia, los hacedores de herramientas, que perforaron la tierra y nos liberaron. Nos trajeron de vuelta a la superficie. Nos purificaron, nos esculpieron en forma de varillas y nos cubrieron de madera. Ahora, aquí, en tu mano, nos desmoronamos impregnando el papel con nuestro negro oscuridad para trazar tu poesía oceánica.

LOS GENIOS

Ronnie Camacho Barrón

México

Por años los humanos hemos ido perfeccionando el arte de la guerra. En un principio todo se resumía en quien tuviera más armas y soldados. Después, comprendimos la eficiencia de las restricciones económicas. Actualmente, nos gusta ponernos creativos soltando armas biológicas disfrazadas de nuevas enfermedades en los países enemigos.

Nos creímos los maestros de dicha disciplina hasta que *ellos* llegaron. Todo comenzó con una misteriosa lluvia de estrellas que logró verse en el mundo entero. Fue un fenómeno maravilloso, que muchos vieron como una especie de regalo del cielo.

Tras la lluvia, cientos de millones de pequeños meteoritos que no se consumieron al entrar a la atmósfera fueron encontrados por toda la tierra; cada persona alrededor del globo quería tener uno como prueba del celestial evento.

Las rocas invadieron el mercado y nueve de diez familias ya contaban con el estelar recuerdo en sus estanterías.

Un par de semanas después, una muy inusual noticia llegó a los medios: al parecer, un joven de Chihuahua –que había encontrado una de aquellas rocas espaciales en la zona del silencio– se había suicidado, no sin antes advertir que dentro de los meteoritos yacían formas de vida con apariencia de elefantes rosas que tenían la capacidad de adentrarse en las mentes de las personas mientras dormían.

Aquello fue tan estúpido que nadie lo creyó y en poco tiempo la extravagante nota se borró de la memoria colectiva.

De nuevo el tiempo pasó y pronto gente de todo el mundo comenzó a denunciar lo mismo: paquidermos rosados invadían sus sueños y les ordenaban asesinar a todas las personas a su alrededor.

Según ellos, los animales eran tan insistentes que apenas si podían controlar los impulsos homicidas. Con mucho esfuerzo, unos cuantos resintieron la presión lo más que

podieron, pero al final se quitaron la vida con el fin de no dañar a nadie. Mientras que otros simplemente no pudieron con ella y pronto sucumbieron a los mandatos de sus supuestos hostigadores oníricos.

Una ola de conflictos y asesinatos sacudieron cada país de la Tierra. Aunque fue difícil, logramos sobrevivir al abatir y encerrar en manicomios a cada uno de los “manipulados”.

Tras eso, las investigaciones comenzaron y la comunidad científica se dedicó a estudiar a fondo todos los meteoritos que pudieron encontrar: sin importar cuántas pruebas hicieron, no encontraron nada.

Además de venir del espacio, no había otra cosa excepcional ni afuera ni dentro de ellas que hubiera podido provocar los sangrientos acontecimientos.

Fue así como, sin ninguna otra evidencia que demostrara que todo aquello no se trató de otra cosa más que de un internacional ataque de histeria, continuamos con nuestras vidas... Hasta que *ellos* volvieron a aparecer en nuestros sueños.

Esta vez ya no venían de ningún meteorito: de algún modo lograron colarse en nuestras cabezas y no tardaron mucho en volver a sumir al mundo en el caos y la locura.

Aún hoy, a pesar de todo lo que ha pasado, no sabemos quiénes son ni de dónde vinieron. Los pocos que hemos logrado evitar caer en su influencia lo hemos hecho a base de no volver a dormir. Estamos tan exhaustos que no sé cuánto más resistiremos.

Cada vez que cierro los ojos veo a uno de esos rosas cabrones que me ordena asesinar al resto de los sobrevivientes. No les daré la satisfacción de controlarme en lo que espero a que el veneno surta efecto.

No dejo de pensar en cómo nos ganaron la guerra por el planeta: atacándonos en el único lugar en el que resultaba imposible que nos pudiéramos defender. Sin duda alguna, sean quienes sean, son unos malditos genios.

OFRENDA DE CARNE

Ana Chapa

México

Desde que caí enferma, en lo único con lo que sueño es con sangre. Visiones de ese líquido rojo que cubre mi piel y me inunda los sentidos hasta que no puedo respirar. A veces, cuando despierto, puedo percibir ese aroma a hierro en mi nariz. Después suelen venir los momentos de lucidez, asomados entre las llamaradas febriles, donde me doy cuenta de que puedo estarlo alucinando todo.

No sé cuánto tiempo he pasado en cama. Lo último que recuerdo fue haber estado sentada en mi banca en clase de Historia antes de que empezara la fiebre. Mamá fue por mí a la escuela y entre ella, mi hermana Aurora y la abuela me han estado cuidando. Desde entonces no he comido nada. Cada vez que alguien intenta darme de comer mi estómago reacciona con arcadas y termino devolviéndolo todo.

Mi madre viene por las mañanas y trata de darme comida, me ayuda a ir al baño y a lavarme, me cambia las sábanas empapadas de sudor. Aurora llega por la tarde a hacerme compañía, me trenza el cabello y cambia los canales a la televisión para que vea algo nuevo. La abuela viene por las noches y me cuenta las leyendas de su pueblo. Es una gran contadora de historias, sabe exactamente qué entonación usar y sus ojos oscuros y chispeantes te transmiten la emoción hasta que la sientes bajo la piel. Historias sobre todo de criaturas ancestrales, guardianas de lo sagrado, de tribus que deambulan por la tierra y se transforman en fuerza.

Los documentales, series de televisión y noticias pasan ante mis ojos sin poder registrarlos. Documentales de animales feroces, programas sobre apuestas y noticias mundanas sobre los robos, la política y el clima. Los días se transforman en noches y la realidad se funde en pesadillas, mientras la sangre invade mis sueños.

Cuando estoy sola, sobre todo, no puedo evitar preguntarme por qué mi cuerpo dejó de funcionar tan de repente, si yo nunca tuve problemas de salud. ¿Por qué no me habían

llevado a un hospital? ¿Por qué me mantenían en mi habitación oscura y solitaria? Y, sobre todo, pensaba (aunque me diera miedo) en lo que iba a pasar conmigo.

Una noche, antes de apagar el televisor, la abuela se acercó a besarme la frente. Creo que vio la preocupación reflejada en mi rostro porque me dijo:

—Ya pronto acabará todo, mi niña. Mañana hay luna de sangre.

No sabía si había imaginado sus palabras o no, hasta que al día siguiente empezaron a visitarme otros familiares: tías, primas hermanas, primas segundas. Como si todas las mujeres de la familia se reunieran para tomarme de la mano y susurrarme palabras de aliento. Cuando salían, las oía murmurar en el pasillo palabras que no lograba entender. Pensé entonces que iba a morir. ¿Por qué otra razón la familia vendría a visitarme?

Esa noche, cuando empecé a sentir el calor corriendo por mis venas, el sueño no vino a mí. Miré por la ventana, hacia la luna de sangre que se alzaba en el cielo y teñía las nubes a su alrededor con un brillo espectral. Entonces sentí la primera convulsión, un dolor desgarrador que me recorrió cada fibra, cada hueso y cada nervio, arrancándome un grito gutural. Mi cuerpo se arqueó y mis dedos se retorcieron cuando llegó la segunda convulsión, como una descarga eléctrica. Después vino una tercera y una cuarta. Con cada una mi mente se fue despejando y mi cuerpo comenzó a sentirse distinto, más fuerte.

Cuando se detuvo, lo supe. Algo antiguo pasaba ahora por mis venas, algo poderoso. Cuando me puse de pie la fuerza ya corría por mis músculos. Me acerqué al espejo, donde unos ojos ambarinos me regresaron la mirada. Parpadeé, pero mis ojos no cambiaron de color. La mujer del espejo de piel morena y cabello negro era yo, pero había algo distinto en ella. Aurora abrió la puerta y me mostró una sonrisa lobuna. Vestía de negro con una capa de terciopelo color sangre. Me puso encima una capa similar y me guió por el pasillo hacia la escalera.

Fuimos al comedor, donde provenían los murmullos. Todas las mujeres de mi familia se encontraban ahí y vestían la misma capa. Me miraban con sus ojos de colores antinaturales y me sonreían, dejando ver los colmillos. En la mesa había dispuesto un festín. En cuanto el olor de la carne cruda me atravesó la nariz, cerré los ojos y aspiré hondo.

–Bienvenida a la tribu –me dijo la abuela, moviendo la silla para que pudiera sentarme a la cabecera–. La cena de esta noche es para ti.

Me senté y miré el plato frente a mí. La sangre escurría de la carne y se deslizaba hacia el plato de porcelana. Me pasé la lengua por los largos colmillos que ahora sobresalían de mi boca y olfateé mi plato. Cuando lo hice supe que esa no era carne de un animal. No estoy segura cómo, pero podía sentirlo.

–¿De quién es esta carne? –pregunté con voz afilada.

–Son ofrendas que han traído las demás para ti –dijo mi madre, indicando el plato.

Las demás se sentaron, sin dejar de mirarme. Un aullido llenó la habitación. Mi aullido. Entonces me abandoné a esa necesidad feroz que sentía de comer y mis dientes se hundieron en la carne y mi boca se llenó de sangre mientras en el cielo, a través de las ventanas alargadas, brillaba una luna gigante que teñía el cielo de color escarlata.

CRIATURAS DE SOMBRAS

Lorenza Ortega

México

Era un lugar amable, nadie imaginaba que algo grande llegaría a sus calles. Las familias trabajaban, descansaban, se reunían los fines de semana. Las mascotas deambulaban de una habitación a otra, siempre en sus platos la comida aparecía cada mañana, el agua nunca les faltaba. En ese lugar amable nadie se enojaba; se saludaban cada día al cruzar las calles, se despedían con abrazos al llegar la noche, al retirarse a sus casas después del trabajo o a sus habitaciones al terminar la cena. Las risas y el gozo iluminaban cada rostro conocido y el de los desconocidos, extranjeros que llegaban para ver si era cierto que en ese sitio todo era regocijo.

No sabían que eso cambiaría. Nada se escuchaba, un sonido sordo que quizá se pensaría que podrían oír los perros y los gatos. No notaban que las sombras se movían de una forma extraña, que el agua no corría cual la rotación y la gravedad lo intuían. Fueron

las horas matutinas las que primero lo observaron: el calor y el frío movieron sus horarios, se barrieron a la izquierda, por lo que amanecía más temprano y casi no anocheaba. La marea ondulaba de manera rara y las fases de la luna retrasaron su diseño.

Los niños, en el camino a casa de la escuela, sentían que el tiempo no pasaba; no corrían, llegaban tarde a la hora de comer. Sus hermanos mayores no dormían: el insomnio atravesaba sus cortas noches, preferían no dormir a tener que levantarse casi al apenas acostarse. Los hombres y mujeres se sentaban en las bancas de los parques, sorprendidos de tanta claridad, cuando ya era de noche.

A la orilla del lago, el follaje de los árboles y las abejas suspendidas en el aire y el agua cristalina... Nada se movía.

En ese lugar amable nadie comprendía, no sabían lo que pasaba. Inmóviles, ellos y ellas se quedaban absortos contemplando lo que no sabían si era cierto o ficticio. Pero no dudaban de cómo comportarse, seguían siendo absurdamente amables. Continuaban viviendo como siempre, haciendo las mismas cosas convencidos de que las manifestaciones del clima eran naturales.

Una leve rotación en reversa provocaba ese fenómeno que era imperceptible para la gente. Ninguno se daba cuenta de las irregularidades que se sucedían conforme los días se movían. No sabían que pasaba algo que cambiaría la vida. Sólo las plantas en el bosque colindante irremediablemente lo sentían. Una mancha, que iba creciendo oculta tras las horas y minutos retrasados, llegaría a ese sitio en el que todo era armonía. Se movía con rapidez para eclipsar la luminosidad y abarcarlo todo; una reacción voraz que parecía una guerra contra la monstruosa brillantez de la mañana.

Fue el día de más sosiego, un domingo, cuando las familias yacen en sus casas, las mascotas dormitan, los niños juegan, los adultos miran el televisor, los jóvenes se reúnen en la plaza por la tarde; cuando los extranjeros que pasean por el pueblo compran lo que les hace falta para otra semana en sus cuartos alquilados.

Ese día, silenciosas criaturas de sombras se detuvieron en los arcos de la entrada. Observaron que era domingo, que nadie trabajaba, que algunos dormitaban, que las

oficinas no abrían. Se abalanzaron, largas, cruzando calles, invadiendo muros, penetrando por ventanales y puertas entreabiertas. Algunas anidaron bajo los puentes del poblado. Avanzaron sigilosas sobre cada cosa que al ser tocada era comida. Fueron creciendo, más cada hora, después cada minuto. La masa ennegrecida llegó a ser inmensa, tan grande y violenta que no se supo cómo cada calle, cada casa, cada familia y mascota desaparecieron.

CICLO

Lord Crawen

México

El niño Nando fue enviado a un orfanato, donde después de su primer ciclo de vida fue adoptado por una familia, a la que se investigó lo mínimo para entregar la custodia de un pequeño en orfandad.

Durante cada uno de sus ciclos, Nando pudo ver una misma figura materna desdibujarse ante la entrada y salida anualmente de tantos hombres a los que nunca podría llamarles “padre”.

Previo a su décimo ciclo, el pequeño niño mostró interés por lo que habitaba en el cielo: las estrellas traslapándose una por una entrada la noche, la aparición y desaparición de la luna; así como las supernovas viajantes a toda velocidad, mismas que podía divisar en tan sólo segundos.

Una noche despertó a su madre, asustado, porque algo en la oscuridad le estaba observando. No sin antes percatarse de la figura de su entonces “padre” aparecer detrás de la puerta de su habitación, que desataría otra pelea nocturna a las habituales (cuando el ciclo cercano al fin de semana invitaba al hombre a beber de más, sólo por diversión, y que terminaba con amenazantes ataques físicos a la figura materna).

Mamá no tenía la fortaleza para continuar sola, por eso su sacrificio era tan grande para con “Nando”.

Una tarde el pequeño decidió no volver directamente a casa, sino desviarse hacia la biblioteca local para distraerse un rato entre libros de astronomía y astrología. Descubrió, entre sus cuantiosas lecturas e imágenes, las fechas en las que los astros solían realizar alineaciones peculiares. Una de ellas le causó un interés mayor: todos los planetas del sistema solar solían alinearse cada 1376 años. La más reciente fue el 12 de agosto de 1976, su cumpleaños.

Al fenómeno se le conocía como “Khaando”, pero no había más información sobre ello. Exponiéndose a un regaño, decidió quedarse más tiempo en la biblioteca, revisando en la hemeroteca noticias de ese día. Los diarios sensacionalistas hablaban de todo menos de los fenómenos astrológicos (posiblemente porque es más fácil ver al frente y juzgar que mirar al cielo y aterrorizarse).

Volvió a casa muy de noche. Efectivamente, le esperaba un regaño físico que lo dejaría marcado, que en aquellos años era muy “común”.

Al día siguiente preguntó a su profesor sobre el fenómeno, pero no pudo darle más información, salvo que esta “ciencia” intenta explicar la vida de todos los seres en el universo, regidos a través de ciclos estelares o interplanetarios. O algo parecido. Pero que al no estar completamente comprobada por científicos, tanto la astrología como la astronomía no tenían un campo exacto de investigación. Usó la palabra “charlatanería”.

Antes tal aseveración, Nando decidió adentrarse en los registros de nacimiento. En el ayuntamiento les causó extrañeza que un chico preguntara sobre dichos libros, pero el acceso a la información no le fue negada debido a que se trataba de una tarea de la escuela.

Nando descubrió que el 12 de agosto de 1976 él fue el único niño en la región en nacer. Fue a la biblioteca nacional a comprobar diarios, a leer más registros alrededor del mundo, a investigar. Comprobó que él había sido el único niño en nacer en esa fecha que, además, coincidía con un evento que ocurría cada 10 años: el paso de la estela auri azul.

Esa noche, Nando tuvo un extraño sueño. Atravesaba en una nave espacial la Tierra, al lado de una criatura extraterrestre; mas no le temía. Despertó de golpe al sentir que algo

subía a su cama, situación que volvió nuevamente a llevarlo a donde su madre y volver a iniciar otra pelea “familiar”.

Cansado de la situación actual, Nando descubrió que el folclor mundial solía pedir un deseo a la estrella circundante y quería intentarlo. El 12 de agosto estaba cerca y coincidiría nuevamente con la fecha de un décimo ciclo en él y otro ciclo más del paso del cometa auri azul.

La noche era turbia. No podría ver el cometa. No hubo pastel o festejo. Su madre estaba cansada, tirada sobre el sofá, esperando al maldito entrar por la puerta y volver a descargar su furia. Los tiempos eran bastante turbios.

Tiempo próximo, entró el canalla. La pelea comenzó. Nando, con todas sus fuerzas, imploró al cielo abierto dejarle ver el paso del cometa y cumplir su deseo. “Soy Nando, quiero pedir un deseo”, imploraba con breve llanto.

La figura del padre canalla entró. Se acercó al pequeño. Mamá sollozaba, pero nada podía hacer. El cielo se abrió por un instante y, a regañadientes, Nando se aferró a la ventana, pudiendo ver levemente la luz estelar.

Sólo alcanzó a pronunciar con todo su corazón: “Khaando”.

Todo terminaría pronto. Debajo de su cama emergió una sombra, que fue materializándose hasta devorar por entero al hombre canalla. Otra figura más salió del clóset. La mamá gritó desesperadamente que no se llevaran a su hijo.

El décimo ciclo de Nando terminó en las noticias locales, con su desaparición. Por primera vez se cubría el evento astronómico en televisión.

Pasará nuevamente en diez años, mencionan.

Nando tendrá veinte.

“Nando se fue con ellos; es de ellos”, dice su aturdida madre mientras observa la televisión y de reojo las marcas dejadas por el ataque reciente y la palabra tallada “Khaando”, incitándola a pronunciarla.

SUPERNOVA

Cris K. Tonic

México

Les había advertido, los colores eran hermosos, estallaban por el universo en una explosión masiva. En el espacio, justo frente a la supernova, alcanzo a ver cómo el traje comienza a descarapelarse con la fuerza del impacto. Los logotipos internacionales se consumen en mi pecho, como llamas diminutas convirtiéndose en cenizas que flotan en el vacío del espacio. Una luz lo abarca todo y lo consume para desintegrarlo. Si tan sólo hubieran escuchado.

Le dije a Fritz que no debíamos venir. Pero la ambición puede más que cualquier cosa. La explosión es silenciosa, el cohete detrás de mí parece de juguete. Algo infantil frente a las olas de luz que se desprenden del núcleo. Una estrella que nace. Dijeron que en el planeta Rojo-19 había metales necesarios para la Tierra. Nos mandaron a una misión de extracción. Verificaba la nave antes de ingresar a su atmósfera y dentro de algunos minutos ya no habrá más planeta, ni nave, ni atmósfera de ningún tipo. Sólo las llamas incandescentes que se incendian en el manto ennegrecido del cosmos. Yo había realizado los cálculos. Pero hablar con ellos era como hablar con las paredes. Me miraban, torcían el rostro y encajaban las cejas sin decir nada. Nunca he entendido esa expresión, una mezcla de desconfianza, imperturbabilidad y enojo satelital, como los asteroides que flotan sin moverse de su órbita y con las capas de sus superficies cubiertas por el hielo.

Quizás, en otro mundo, en otro universo, donde no estoy flotando en la nada y viendo una explosión gestarse ante mis ojos, le grité a Fritz, le dije que estaba loco y que no estaba dispuesto a ceder. Al día siguiente, me hubiera llamado a su oficina, me hubiera dado las gracias y yo habría llegado a casa con una caja con unas cuantas posesiones de la oficina. Mi mujer me vería destrozado por perder el trabajo de una vida. “Nadie es irremplazable”, me habrían dicho. Una vida donde seguramente sería profesor y llegaría a viejo, siempre mirando las estrellas y añorando el saber cómo es el espacio. Una vida

arrepentida por mi elección, donde la pelea con Fritz pasaría una y otra vez por mi cabeza. Pero esa vida se desvaneció en el silencio, en mirar a Fritz a los ojos y asentir suavemente, sin oponerme y en dejarme llevar por la tranquilidad del momento sin un punto de apoyo.

Una explosión de estas características produce destellos de luz que pueden durar desde varias semanas hasta varios meses. Los restos se componen de nubes de polvo y gas, que ahora brillan como un manto de seda en medio del negro del espacio. Los cálculos quedaron en una pizarra, trazados como formas geométricas y fórmulas. Un lenguaje críptico para aquellos que no aman el universo, que no lo ven con los ojos de alguien que quiere pasar toda la vida descubriendo los misterios del infinito. Encontrar las proporciones áureas de las vías lácteas, los puntos de fuga en los destellos de los satélites y las proporciones de las lluvias de estrellas. Me pregunto qué verán ellos. ¿Dinero? ¿Poder? Yo veo el amor de mi vida, la labor a la que he dedicado cada segundo de mi existencia.

Tiene su belleza, el pensar que moriré por una estrella y que, en otras galaxias, en otras vidas y dimensiones hay varios como yo, infinitos como yo, que nunca eligieron dedicarse a la astrofísica. No eligieron el espacio, sino, tal vez, una vida como escritores, hablando de novelas y mundos posibles, de realidades alternas. Nunca intentaron subir a un cohete espacial ni llevar una vida espartana sólo para mirar lo que está más allá de nosotros y nuestro entendimiento. Sólo yo veo esas hondas expandirse en el más hermoso de los cielos estrellados y la perfección de un estallido capaz de destrozarse miles de millones de planetas.

Soy el único que eligió morir en el espacio en una muerte que une mi cuerpo con el cosmos en un solo elemento. El que dejó atrás esa vida sólo para vivir la enormidad de la belleza, verla ampliarse con una serie de mundos, luces, estelas, ondas radioactivas y proporciones dignas de deidades, o mentes maestras. Una obra de arte final, el universo eterno e incomprensible, mutable y repleto, vacío y estático. La esencia misma de lo incognoscible. Pienso en Fritz sobre la nave y me lamento por él un segundo, sólo lo mandaron a una muerte inesperada. Todos se sorprenderán ante la ola incandescente que arrasa como un fuego divino los mundos, la nave y los cuerpos. El traje se deshace en un

segundo, la piel queda expuesta, las llagas se multiplican en un hervor instantáneo. No hay tiempo para sentir dolor, la desintegración es un momento más fugaz que el pensamiento, en medio de una luz blanca que todo lo abarca me convierto en uno con aquello que amé desde mi infancia, cuando volteé a ver el cielo y observé los astros multiplicarse entre las sierras de los campos y quise saberlo todo, recorrerlo todo, y mirar con mis propios ojos los secretos ocultos entre constelaciones y estrellas.

ÁNGELA GODÍNEZ

Dilsia Zoskia

México

Ángela esnifó un poco de polvo de estrellas después de desactivar las campanillas celestiales de su despertador. El eón anterior había sido intenso, después de cantar eternas alabanzas al Demiurgo sin parar.

Tenía un trabajo envidiable en la Tercera bóveda celeste, y se codeaba de vez en cuando con los mismísimos Tronos y Arcángeles de la Creación. Eso era perfecto, ya que la nación angelical, después de haber incentivado una economía de guerra a través del Apocalipsis, estaba en su mejor momento. Se bañó con agua del Edén y secó sus alas con el viento del norte. Preparó un poco de humildad al prójimo con granola de santidad y la ingirió a través de las múltiples bocas de su celestial cuerpo.

Eran casi las Alfa centauri en punto y debía llegar a tiempo a la oficina central, o recibiría una amonestación pecaminosa por llegar tarde. Se levantó del comedor de cristal de cuarzo y, al terminar la frase de “Bendita seas entre las mujeres”, llegó a su lugar de trabajo. La verdad es que después de la rebelión de Lucifer, la caída del hombre y el inminente reinado de la Oscuridad en la tierra no había pasado nada interesante en su Departamento de ejecuciones angelicales.

Todo era perfecto, salvo por algunas guerras en los reinos terrestres y exoterrestres de su cuadrante. La era de cada despertar transcurría sin sobresaltos, mirando por la ventana

de su bóveda hacia la eternidad. Cada vez había más luz y menos oscuridad. Eso elevaba las ganancias y acciones del Cielo sobre sus competidores en la perennidad.

Ángela había sido creada a partir de las gotas de rocío del céfiro terrestre y eso la convertía en una especie de inmigrante celestial. Los ángeles puros de luz la pasaban de largo, pues sabían que en ella podía existir algo de la negrura de los planetas bajos que monitoreaban desde lo alto. La ángel, más molesta que aburrída, decidió bajar a la tierra para observar qué pasaba durante la Gran tribulación, que todos sabían que acabaría con el aplastante monopolio del Demiurgo sobre el todo.

Adoptando la forma de una prostituta blanca de ojos azules, descendió al planeta Tierra y se dispuso a presenciar la decadencia humana. El primero en acercarse a ella fue un mendigo, con los ojos reventados en sangre. Su boca espesaba una saliva pastosa y el hedor a desechos era insoportable. Ángela se dispuso a recibir una propuesta carnal de aquel saco de inmundicia y a castigarlo por sus pecados. El hombre se le acercó con torpeza y, después de decirle “Hola, muñeca, hace frío, ¿verdad?”, le proporcionó una bolsa con unos envases de unicel llenos de consomé de borrego y unas tortillas tibias. El hombre también agregó “Mi pequeña Nallely tendría tu edad, no me gustaría que ella pasara hambre mientras trabaja”. El mendigo destapó una botella de alcohol de caña y, después de beber unos tragos, se despidió entonando una canción de Corcovado, perdiéndose en la oscuridad.

Ella no supo qué contestar ante ese gesto de caridad, y con la bolsa en las manos caminó con torpeza sobre la acera húmeda y lodosa después de la lluvia. A unas cuantas cuadras encontró un refugio hecho con cartones y hules plásticos donde se resguardaba una niña en compañía de unos gatos esqueléticos y roñosos. Su primer impulso fue bendecirlos por ser puros y llevarlos hacia arriba, pero notó que la pequeña de catorce años cargaba en su vientre un bebé. El pecado de la lujuria, pensó, mientras de sus manos emergían las cuchillas de la justicia divina. Pero la niña arrullaba a su nonato y le decía que ella no le pegaría y que jamás lo obligaría a lamer colas, como lo hacía su papá, allá en la casa horrible de su madre. En compañía de los felinos hablaba sobre lo mucho que

le cuidaría y no dejaría que ningún mal le pasara. Ángela se aproximó al campamento y sin decir palabra acercó a la niña la bolsa con comida. Aquella criatura le sonrió con sus dientes cariados y encías sangrientas de gingivitis y sólo acertó a decirle “gracias”.

La criatura angelical estaba a disgusto, y eso era malo para el Cielo. Para no pensar cosas malas, buscó entre sus ropas un poco de coca de estrellas. Muchas ángeles de su oficina sólo accedían a llevar el papeleo de la Tierra, jamás hacían trabajo de campo. ¿Por qué ella lo hacía? Podría estar a gusto en la Tercera bóveda, bebiendo un poco de aurora boreal caliente y hablando de los universos a inaugurar en la próxima era.

Siguió caminando con su cuerpo humano de prostituta cuando observó a una mujer asesinar a una anciana. Estaba a punto de desenvainar la espada flamígera de su bolso cuando aquella la miró y le dijo: “La abuela envenenaba animales por placer y le gustaba grabarlos mientras su hijo los violaba. Todo por visitas en su portal”. La mujer sacó un arma de su chamarra negra y la puso en su boca. Un segundo después tenía una bala en medio de los sesos. Ángela corrió hacia ella. Los ángeles, al igual que las sirenas, no pueden llorar, pero sintió una comezón intensa al filo de sus ojos y un gran vacío en su interior.

“Esta es la ausencia de Dios, querida”, puntualizó una voz detrás de su cabellera rubia. “Bienvenida a la rebelión. Somos los revolucionarios del Apocalipsis. Los sin amo, sin Dios, ni futuro. Los soldados de Satán, los legionarios de la Zoskia, los mártires del Caos. ¡Larga perpetuidad a la Nada, en la que el Demiurgo no tiene cabida!”

Ángela alzó los ojos hacia la Tercera bóveda. La luna de sangre llenaba todo el horizonte. La profecía comenzaba, mientras la eterna lucha contra el dictador del orden se libraba desde abajo, desde las tinieblas. Se anudó el cabello y, arrancándolo de cuajo junto a su aureola celestial, decidió entregarse a la rebelión. Eso era preferible a una eternidad de orden vacío de luz y complacencia a un omnipotente insaciable de atención. La sangre azulada del nuevo ángel caído corría por sus perfectas mejillas llenas de bocas y de ojos. Satán se aproximó hacia ella, envolviéndola con sus alas brunas, dándole la bienvenida a la resistencia contra Dios, pues mientras el cielo humano estuviera cubierto de sangre, aún habría una oportunidad para ganar la batalla contra Él.

ALMAS VISIONARIAS

Proyectos amigos



AUTÓMATAS

Dirección

Miguel Lupián

Selección, edición y corrección

Miguel Lupián

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Portada

Eclipse

Contacto

Penumbria.mx

[Facebook.com/Penumbria](https://www.facebook.com/Penumbria)

[@RPenumbria](https://www.instagram.com/RPenumbria)

revistapenumbria@gmail.com



Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso